

Visita
al territorio de

Percival Everett



Una imagen es un secreto sobre un secreto.

DIANE ARBUS

Empezaré por las dimensiones. Como debe ser. Un amigo mío matemático me dijo una vez, o quizá dos, que las dimensiones hacen referencia a la estructura constituyente de todo espacio y a su relación con el tiempo. No entendí esta afirmación y sigo sin entenderla, a pesar de su encanto poético obvio e innegable. También intentó explicarme que las dimensiones de un objeto son independientes del espacio en el que el objeto está inserto. No tengo claro que ni siquiera él entendiera lo que estaba diciendo, aunque parecía bastante cautivado por la idea. Lo que sí entiendo es que mi lienzo mide tres metros con setenta y cinco centímetros de alto y seis metros y medio de ancho. No puedo explicar lo de los setenta y cinco centímetros, pero sé que son cruciales para la obra. Está clavado a una pared que mide seis metros de altura y diez de ancho. La pared de delante es idéntica y las paredes adyacentes solo tienen cinco metros de ancho. Así pues, la superficie total de la sala son cincuenta metros cuadrados. El volumen del recinto es trescientos metros cúbicos. Yo mido metro ochenta y tres y peso ochenta y siete kilos. Prefiero escribir los números con palabras.

También me gusta referirme a los colores por su nombre más que por medio de muestras. No me gustan los diagramas que enseñan gradaciones de colores o de tonos. En las tiendas de pinturas o de materiales artísticos tienen miles de esas tiras de muestra, destinadas a acabar en la basura. No me dicen nada. Esos ejemplos, que nunca son modelos ni prototipos, no son más que simples aproximaciones a cómo va a quedar la pintura sobre la tarima o el lienzo o en el papel o en la madera o en las yemas de mis dedos. El amarillo transparente nunca es transparente sobre el *retal*. Qué palabra. Retal. El amarillo indio podría ser perfectamente naranja cadmio. La aureolina a veces podría ser titanato de níquel y a veces amarillo limón. Los nombres, en cambio, son precisos, carecen de ambigüedades; se podría decir incluso que son rígidos, fijos, inalterables, ciertamente inelásticos. Esto no equivale a decir que las palabras no sean precisas, pero de hecho los

nombres sí lo son. Incluso cuando son incorrectos o se presentan por error. Un nombre nunca yerra el tiro. Debería señalar que yo considero que los nombres de los colores son nombres propios, en el sentido de que no nos dan información sobre la cosa nombrada, sino que identifican esa cosa específicamente. Igual que funciona para mí mi nombre, Kevin Pace. Seguramente hay otros Kevin Pace en el mundo, pero no tenemos el mismo nombre. Quizá nuestros nombres tengan el mismo nombre, pero el nombre de mi nombre no es un nombre propio.

Estas son mis pinturas, mis colores. Polvos mezclados con aceite de linaza. Esta es mi pintura, colores sobre lino sin tratar. He usado mucho azul ftalo y azul de Prusia mezclado con añil. En la esquina superior derecha hay cerúleo cambiando a cobalto, o quizá invadiendo el cobalto. Los colores y sus nombres están en todas partes, sobre todas las cosas. Todos los colores significan algo, aunque no sé el qué, y tampoco lo diría si lo supiera. Sus nombres son más descriptivos que su presencia, ya que su presencia no necesita describir nada y de hecho no describe nada. Esta es mi pintura. Vive en esta estructura que parece un establo para potros. Aquí no entra nadie más que yo. Ni mi mujer. Ni mis hijos. Ni mi mejor amigo Richard.

Hay otro cobertizo en el que trabajo en otras pinturas. En él todo el mundo es bienvenido. Las pinturas están disponibles y al descubierto y esperando a ser valoradas, compradas y colgadas en salas de estar o en vestíbulos de bancos. No me disgustan. Algunas son buenas. Otras no. Tampoco me compete a mí juzgarlas, así que no lo haré. Esas pinturas son putas. Las reconozco y las aprecio como tales. No es culpa suya y de hecho no me parece que el hecho en sí de ser una puta tenga nada de malo. Realmente no le veo problema, si se hace bien y sin disculpas ni calificaciones. ¿Y acaso esas pinturas a las que aludo con indiferencia aparente, por mucho que no sea mi intención, tienen algún motivo recurrente? Quizá. Ni lo sé ni me importa. Me pregunto si tienen elementos en común, de serie a serie y de lienzo a lienzo. Los expertos de tiempos por venir discutirán sobre mis materiales, sobre mi técnica y sobre mi paleta.

Me encantaría pensar que hay una parte de mí que está presente de forma continuada en cada lienzo, pero a continuación me pregunto qué importa; por qué, para mezclar metáforas, alguien necesita oír una y otra vez la misma secuencia memorable de notas.

Hace unos años tuve un periodo más bien breve de éxito. Por eso me queda algo de dinero, o por lo menos lo bastante como para que mi familia viva cómodamente. A mis hijos los llevo a la escuela privada, aunque no sé por qué. Sin duda la pública es mejor, pero queda varios kilómetros más lejos. Lo que esto sugiere es que soy un vago. No lo niego. Muchos de sus compañeros de escuela me parecen tontos, pero quizá simplemente estén malcriados. Quizá todos los niños sean tontos, o tal vez sean todos unos genios, y quizá no haya diferencia entre una cosa y otra. Personalmente ya no me interesa la genialidad. Es posible que en un momento dado me acercara a ella, pero seguramente no. ¿Quién sabe? Y en última instancia, lo que es más importante, ¿qué más da?

Mi lienzo, mi pintura privada, tiene título, tiene nombre. Nunca se lo he dicho en voz alta a nadie. Solo lo dije una vez, por lo bajo y estando a solas en mi estudio. Es un poco como la contraseña de mi correo electrónico, con la diferencia de que si lo olvido no lo podré recuperar. No lo tengo apuntado. Una razón por la que nunca dejo que mis hijos vean la pintura es que quizá intenten ponerle nombre y de esa forma me la estropeen y lo estropeen todo. No pienso dejar que mi mujer la vea porque se pondría celosa y me la estropearía y lo estropearía todo. Sé que mi familia y mis amigos —aunque me imagino que me quieren, de la forma que sea— están esperando ansiosamente mi muerte, o solo porque me gusta la palabra, mi óbito. Todos quieren que les enseñe el lienzo. Me gustaría enseñárselo solo para verles las caras, pero no pienso hacerlo. Todos creen que no confío en ellos. Lo cual es verdad. Se sienten insultados por los muchos cerrojos y las ventanas selladas del cobertizo del cuadro. No me fío ni un pelo de ellos. Al principio husmeaban de vez en cuando alrededor de mi estudio, intentando

ver algo, o hasta oler algo. Coyotes y mapaches rondando una tienda de acampada. Pero lo han dejado correr. Por ahora. ¿Es esta mi obra maestra? Quizá. Seguramente no. No sé qué quiere decir esa expresión. La idea de obra maestra tiene que ver con la eternidad, con lo que es para siempre, según tengo entendido. No tengo problema con esos conceptos, al menos no por una cuestión de principios filosóficos; es más bien un problema de gustos. Es muy posible que la eternidad de una obra maestra le permita existir fuera del tiempo, pero yo soy demasiado tonto para entender esto y no soy lo bastante listo como para negarme a entenderlo. Al parecer, mi *obra maestra* es de gran interés para mucha gente. No resulta muy agradable saber que uno es más interesante muerto que vivo, aunque tampoco es una sensación terrible.

Tengo cincuenta y seis años. He dejado esa dimensión para el final por ninguna razón particular, significativa o interesante. No soy viejo según los estándares actuales. Los sesenta son los nuevos cuarenta. Los setenta son los nuevos cincuenta. Estar muerto son los nuevos ochenta. Quiero decir que si me muriera hoy todo el mundo diría que era muy joven, y sin embargo, si me rompo una pierna saltando la cerca del jardín todo el mundo me llamará viejo chiflado. No puedo hacer muchas cosas que hacía antes, pero tampoco quiero. No me apetece esprintar a ninguna parte ni cruzar un río a nado, ni tampoco clavar una pelota de baloncesto en la red, aunque tampoco pude nunca. Pero estoy en un limbo de edad, demasiado mayor para ser irresponsable y demasiado joven para ser un cascarrabias y que a la gente le parezca bien. Y sin embargo, estoy demasiado cerca del otro extremo, del final de mi cronología, de mi fecha de caducidad, como para generar interés en mi obra.

Se habla mucho, o mejor dicho, se parlotea o se cotorrea, en el llamado mundo del arte (¿qué es más dudoso, *mundo o arte?*) sobre mi pintura secreta, esa pintura, esta pintura. He oído el rumor, el chisme, si se me permite ese término, de que ya hay postores haciendo ofertas por ella. Eso me dice todo lo que necesito saber sobre ciertos postores, sobre esa gente o quizá sobre todo el mundo. La pintura podría ser fea. Podría estar mal hecha. Podría ser insultante, banal, moralmente repugnante, ridícula o, lo peor de todo, pedante. Por lo que he oído, es posible que mi familia no

tenga que preocuparse por el dinero durante un par de generaciones después de mi muerte. Saber esto no me reconforta en absoluto. Y de todas maneras no va a pasar. Mi mejor amigo, un especialista en *Beowulf* jubilado, me ha prometido que si muero antes que él quemará mi estudio hasta los mismos cimientos. Estoy convencido de que será fiel a su promesa, pero por desgracia no creo que vaya a vivir más que yo. De forma que tengo planeado esconder una trampa en el estudio. Aunque primero tengo que averiguar cómo ponerla sin hacer daño a nadie, sobre todo a mí mismo. No es que no confíe en Richard, es que no confío en el tráfico. Tampoco confío en el clima. No confío en las líneas de comunicación, a pesar de la fibra óptica y de las microondas. Tampoco confío en los automóviles, sobre todo en los que no tienen carburador. Es posible que me muera de golpe mientras Richard está de vacaciones o flirteando con alguna mujer a la que habrá conocido en la plaza del pueblo. Puede que no tenga cobertura en el móvil porque haya caído un rayo en una torre. Es posible. Sé que Richard va a hacer lo que pueda y que lo hará si tiene oportunidad. Sé que lo hará porque es mi amigo.

Me tomo la amistad muy en serio. Si eres mi amigo y me necesitas, yo te encontraré. Estaré ahí incluso si eso comporta llevar una cadena de bicicleta a una pelea en un callejón a las dos de la madrugada. Puede parecer extremo, pero soy así. Y lo que es más, atraigo a amigos que piensan como yo. No estoy diciendo que esto sea bueno, pero es algo. Richard quemará mi estudio hasta los cimientos porque somos amigos, no por lo que pasó hace treinta años.

Puede parecer que este momento me da el pie ideal o al menos predecible para contar la historia de lo que pasó hace treinta años. Y la voy a contar, pero todavía no. Primero contaré lo que pasó hace diez años.

Mi mujer y yo fuimos a París un par de semanas. Se suponía que tenía que ser una escapada romántica, sin los niños, un momento agradable y cálido para celebrar veinte años de matrimonio sin problemas ni amenazas, y lleno

de amor. Y ciertamente fue una ocasión romántica, aunque ¡ay!, con otra persona. Esto en sí mismo no es una admisión asombrosa. Tampoco es excepcional que mi aventura fuera con una aspirante a acuarelista de veintidós años. Sorprendente sí, pero no excepcional. Lo único extraordinario es que yo esté dispuesto a admitir un topicazo tan lamentable. Sucedió después de que mi mujer decidiera —y yo la animara inocentemente a ello— pasar un par de días en Burdeos con su antigua compañera de habitación de la universidad. Esta es la historia que contaré ahora. Una historia sobre ser viejo y ser joven.

Primer topicazo: yo amaba a mi mujer y todavía la amo, no estaba aburrido de ella, no era infeliz con mi vida, ni con mis hijos ni con mi trabajo. No estaba buscando emociones fuertes ni aventuras y ni siquiera sexo, aunque las tres cosas tienen su atractivo. Empezó siendo una tontería, algo típico de primer año de secundaria, demasiado timorato para ser una fantasía masculina, literalmente un roce de manos, un pequeño frote de pieles que duró una fracción de segundo más de la cuenta y después fue revisitado. Como la mayoría de cosas que vuelven para atormentarte, ya empezó siendo una idea que no se me iba de la cabeza. Los fantasmas no nacen de la noche a la mañana.

Nunca había pensado mucho acerca del hecho de ser un topicazo. En mi profesión, como artista, es posible que lo fuera. Era algo introvertido, un poco raro para muchos, muy raro para unos cuantos, huraño, ligeramente desaliñado en el vestir y despistado. Posiblemente fuera un tipo apuesto de joven, como habría dicho mi madre, pero nunca me importó, y es más que posible que no lo fuera para nada. Resulta que uno se convierte en topicazo a base de no prestar atención. No me mantuve vigilante, no inspeccioné bien todo mi entorno.

Entré ociosamente en una pequeña charla que estaban dando en el Museo de los Jardines de Luxemburgo. En las paredes de detrás del docente, de elocución clara y vestido de azafato de línea aérea, había unas treinta pinturas de Eugène Bodin. Todas de vacas, claro. Me impresionó este dato: cuántas vacas. Me aburrían soberanamente aquellos cuadros, pero me encantaba poder seguir la charla en francés.

Estaba sentado al lado de una joven que quizá tuviera la piel más blanca que había visto nunca. Supongo que era atractiva. En su momento no me lo planteé. Hacía muchos años que yo no pensaba en si alguien era atractivo o no. Me pasó por la cabeza que quizá fuera la única persona literalmente blanca que había visto, un pensamiento pedestre pero bastante sincero. Sin embargo, no parecía una muñeca de porcelana, como suele decir la gente. ¿Acaso era de color blanco zinc? ¿Titanio? Decidí que era blanco plomo, con todo el peligro de toxicidad que eso implica. Tenía el pelo de color rubio claro, aunque eso no importaba. Estábamos sentados en un banco sin respaldo. Agarré el asiento a ambos lados de mí y me incliné un poco hacia delante. Y resultó que ella también estaba agarrando el banco, con su mano izquierda junto a mi derecha. Los dorsos de nuestras manos se rozaron. Yo la miré y le dije: “Perdone”, y aparté mi mano una pulgada. Luego, ya fuera por el movimiento consciente o inconsciente de ella, por una anomalía de la fuerza gravitatoria, o por las vibraciones que causó un tren lejano del metro en el edificio, o un avión que pasaba volando bajo, o por los pliegues del espacio, nuestras manos se volvieron a tocar. Dimensiones. Esta vez ninguno de los dos se apartó. Quizá los dos estuviéramos pensando: y qué, nuestras manos se están tocando, esto no me va a matar, simplemente se da el caso de que tenemos las manos ahí. Pero era agradable. Por lo menos para mí, o sea, que dejé la mano donde estaba. La miré de reojo y calculé que debía de tener veintitantos años, y fue entonces cuando me sentí un topicazo. Era un viejo verde. Peor todavía, era un artista viejo y salido.

Después de la charla todo el mundo se quedó pululando y mirando como tontos los retratos de vacas. Me puso un poco triste pensar en los cuadros de aquella manera, quizá hasta me dio vergüenza. Eran unos cuadros bastante bonitos de vacas, pero todos me parecían iguales. ¿Y a quién no? Dudo que una vaca los pudiera distinguir. Se me debió de ver el aburrimiento en la cara, porque la mujer de la mano se me puso al lado y me dijo:

—No le gustan.

La miré.

—No es eso —dije—. Bueno, no exactamente.

Ella me interrogó en silencio.

—En serio, entiendo que inspiró a Monet y todo eso. Me encanta la pintura y la forma de pintar. De verdad. Es simplemente que, bueno, ¿no habría bastado con una docena?

—No entiendo —dijo ella.

—¿No habría bastado con una docena de pinturas de vacas? —Me sentí tonto repitiéndolo—. Quizá no quería que ninguna vaca se sintiera desairada.

—No entiendo *desairada* —me dijo.

Busqué la palabra.

—*Négligé?*

Asintió con la cabeza.

—*Vous êtes drôle.*

—Lo intento. Me disculpo por mi francés. *Je suis désolé.*

—No pasa nada. Hablo inglés. Pero tengo acento.

—Es un acento bonito.

—Los americanos siempre me lo dicen.

—¿Ah, sí?

—No lo sé —me dijo—. No se me da muy bien coquetear con hombres mayores.

Me estaba mintiendo. El mero hecho de hablar con ella ya me hacía sentir un viejo tonto, por mucho que yo no tuviera intenciones. Me habría sentido menos topicazo de haber tenido intenciones. Y estaría dando ahora menos impresión de serlo si admitiera que las tuve, pero yo era lo que era. Por mucho que me duela admitirlo, me resignaba a una especie de queja greenbergiana sobre el surrealismo, y mi topicazo presente es simplemente eso, surrealista, la idea de que la pintura fracasa por su apelación a la anécdota. Una admisión igualmente dolorosa es que yo creía, por mucho que no quisiera, que el medio lo era todo. El lienzo y la pintura, no había más que eso y sigue sin haberlo. Y allí, en el museo, el medio de mi topicazo eran dos cuerpos. Y por triste que eso me pusiera, y por mucho que me excitara, yo sabía que los dos cuerpos se encontrarían. No era una fantasía masculina; nunca tuve la suficiente confianza en mí mismo. Fue una premonición artística, si eso tiene algún sentido. Y aunque no lo tenga, es lo que fue.

—¿Es usted artista?

—Pues sí. Soy pintor, pintor a la antigua usanza —lo dije, aunque no tenía ni idea de qué quería decir. Nunca le dedicaba a mi profesión ningún pensamiento o consideración de segundo orden. Una vez había tenido una discusión prolongada e intensamente fatigosa con un idiota del Departamento de Literatura Inglesa de Yale acerca de la cuestión de si la pintura era un lenguaje. En vez de formular la respuesta que ahora sé que habría sido la correcta y razonable —que era: “¿Eh?”—, lo que le dije fue: “Pues claro que lo es”. Él mencionó que el arte no es capaz de escribir su propia gramática, sino que la traiciona en su misma invención. Mi respuesta a aquello fue beber coñac. Y cuando por fin estuve borracho, le dije: “La pintura no debe significar, sino mostrar”. Vi que retrocedía después de mi primera salva de chorradas y lo rematé diciendo: “La función semántica de una pintura no es un criterio de su calidad estética”. Aquello le impactó de lleno. Si yo hubiera sido un verdadero mafioso, a continuación me habría acostado con su mujer.

—¿Y qué intenta usted hacer cuando pinta? —me preguntó la joven. No estaba ladeando exactamente la cabeza coquetamente, pero yo se lo vi hacer de alguna manera.

—Me encantaría hacer una vaca —dije.

Ella sonrió, a punto de emitir un sonido.

—Te diré lo que quiero pintar. Quiero hacer una pintura y no tener ni idea de qué es, pero saber que es una pintura. ¿Me entiendes?

—Quizá si me lo dice en francés.

—No creo que eso ayudara.

—¿Se ha fijado usted en cómo camino?

No me había fijado, pero asentí con la cabeza.

—Es la forma de caminar que reservo para los hombres mayores.

—¿La practicas?

—Me sale natural.

—Te creo.

—Yo también pinto. Acuarelas.

—Yo no tengo tanto control. Hay que pensar demasiado de antemano.

Como me había mencionado su forma de caminar, no pude evitar prestarle atención. Sus pasos eran elásticos y ostentaba su juventud de forma agresiva. Era preciosa. No importaba su cara. No importaba su cuerpo. Cualquiera que caminara así tenía que ser preciosa. Cada giro, cada parada y cada reanudación estaban coreografiados y al mismo tiempo eran completamente libres, improvisados. Ella era *jazz* y yo podría haberla odiado por ello, pero no la odié.

—*Voulez-vous vous joindre à moi pour le café?*

—*Alors formelle* —me dijo ella.

—Lo siento, no hablo francés lo bastante bien como para usar contigo el tú con facilidad.

—Tu francés es mono.

—Intentar hablar francés me da dolor de cabeza —le dije—. Sobre todo escucharlo. Es un idioma que no oigo bien.

—Lástima —me dijo.

La palabra *lástima* nunca había significado tanto y quizá tan poco como cuando le salió en aquel momento de los labios. La palabra en sí, sus tres sílabas, más que el significado, no eran ubicables. La palabra estaba allí, pero un poco como están ahí los electrones.

—Sí, me tomaré un café con usted —me dijo—. Y así practico inglés. Y usted puede practicar lo que sea que esté intentando hablar.

—Me llamo Kevin.

Ella me estrechó la mano.

—*Victoire*.

En contra de lo que dictaba mi sentido común, que yo no estaba usando para nada, los dos nos alejamos de los Jardines de Luxemburgo hacia el norte por la Rue Bonaparte. No dijimos nada hasta que llegamos a la Fuente de Saint-Sulpice.

—¿Estudias Bellas Artes? —le pregunté.

—Sí, en la *École des Beaux-Arts*.

—Impresionante.

—Pues sí —dijo, y se apoyó en el parapeto bajo de la fuente. Era media tarde de un día templado pero ventoso de diciembre. La niebla de la fuente flotaba en el aire. Miré las estatuas de los leones.

—Tomemos ese café —le dije.

Ella asintió con la cabeza, caminamos hasta el Café Mairie y nos sentamos debajo de una estufa de la terraza, donde el camarero me dedicó una miradita que era o bien de aprobación o de desaprobación, no supe cuál de las dos cosas, aunque las dos resultaban igual de preocupantes.

—El camarero piensa que eres lo bastante joven como para ser mi hija —le dije.

—Eso es que piensa demasiado —dijo Victoire.

—En cualquier caso, es muy cortés de tu parte sentarte a hablar conmigo. Y decías que no sabías coquetear. Tengo cuarenta y seis años, estoy casado, con dos hijos, y soy feliz con mi vida.

—Y sin embargo, aquí estás.

—Y sin embargo, aquí estoy —repetí.

—Conozco tu obra —me dijo—. He visto unas cuantas pinturas en revistas. Me gustan.

—Las fotografías de pinturas engañan. Puede que en persona no te gustaran.

—Quizá.

El café continuó como era de esperar. Victoire me habló de sus acuarelas, me acarició amablemente el ego a base de hablar de mi obra, lo hizo con la cantidad perfecta —y quizá francesa— de circunspección y por fin nos separamos quedando en vernos para comer dos días más tarde. Conseguimos terminar antes de que cometiera la tontería de hacerle un cumplido. Mientras me alejaba hacia el norte por la ajetreada Rue de Rennes, de camino a mi hotel, fui consciente de que podría haberle dicho algo del tipo “estás encantadora”. Me sentí inmediatamente orgulloso de mí mismo por no haber caído en una declaración tan vacua, y compungido, quizá avergonzado, de habérmelo planteado, aunque fuera a toro pasado.

Aquella noche me llamó mi mujer desde Burdeos. Linda me dijo que se lo estaba pasando bien con su amiga pero que no le estaba gustando la ciudad. Le dije que había tomado café con una chica de veintidós años.

—Eso está muy bien —me dijo—. Me alegro de que salgas. Está bien conocer gente.

—Hemos ido al Café Mairie.

—¿Era guapa?

Me dolió tener que plantearme cuál podía ser la respuesta apropiada, de forma que hice lo que hago siempre, por falta de imaginación, falta de delicadeza política, o falta de memoria decente: le dije la verdad.

—Sí, era guapa.

—Eso está muy bien.

Asentí con la cabeza, aunque estaba al teléfono.

—Voy a almorzar con ella el viernes.

—Asegúrate de que no llegas tarde a recogerme al tren.

—¿A Montparnasse?

—*Oui, quatre heures.* —Y con estas palabras Linda agotó sus conocimientos de francés y puso punto final a nuestra conversación—. Buenas noches —me dijo.

—Buenas noches.

Cuesta reconciliar el hecho de que las ilusiones sean una realidad física con el conocimiento de que la realidad lo es todo menos real. Todo lo que voy a contar es verdad, pero no tengo ni idea de qué es la verdad. Llego a mi ignorancia con sinceridad; la percepción empieza y termina en el mismo punto neurológico del espacio. Puedo afirmar que todavía era inocente cuando colgué el teléfono aquella noche, y sin embargo, ya no lo era.

1979

Si hubiera tenido la excusa de no entender bien por qué fui allí, quizá la culpa sería menor, quizá esa culpa no me habría acompañado hasta hoy mismo, y quizá no echaría de menos la parte de mí que murió aquel día. Pero mi amigo había acudido a mí, deprimido, temeroso, perdido, y me había pedido ayuda. Yo se la ofrecí de buena gana, aunque no de forma completamente inocente ni altruista. De eso hace treinta años. Fue en mayo de 1979. Podría resultar tentador sugerir que el episodio de mi vida que voy a contar es una especie de representación de una historia de redención, y lo digo en el sentido cristiano más vulgar, pero también sería una patraña absoluta.

Richard acudió a mí con una historia innecesariamente larga sobre su hermano. Aunque Tad era mayor que Richard, Richard se refería a él cómodamente la mayor parte del tiempo como *el Perdido*. Richard dijo que su familia era consciente en general del tema, pero casi nunca lo reconocía. El Perdido se había pasado la vida entre detenciones, prisión, relaciones con malos tratos y un surtido de programas de desintoxicación de drogas. Tad se había pegado no uno, sino dos tiros, con la misma pistola habitualmente sin limpiar y en ocasiones distintas. Tad era el favorito de su madre, un dato que Richard interpretaba como algo lógico teniendo en cuenta las dificultades, fracasos y mala suerte de su hermano. El Perdido necesitaba tener algo, a falta de sentido común o de una pizca de buena suerte. Según me informó Richard, su madre llevaba siete meses sin tener noticias de Tad, y al llamar a su último número de teléfono le habían dicho que lo único que sabían era que se había ido a El Salvador. No se le ocurrió preguntar por qué había ido allí, pero se quedó alarmada igualmente. Era una alarma justificada, claro, y por supuesto afectó tremendamente a la hija menor, una estudiante de alemán bipolar y anoréxica que todavía vivía en casa, hasta el punto de que le vinieron tendencias suicidas y a su vez esto, por supuesto,

llevó a Richard a pensar que tenía que hacer algo, concretamente encontrar a Tad. Y me pidió a mí que lo acompañara. Richard es mi amigo.

Teníamos los dos veinticuatro años y lo más seguro era que estuviéramos locos, técnicamente, o por lo menos no en posesión de todas nuestras facultades. Tanto Richard como yo estudiábamos tercero de posgrado en la Penn; él estaba en mitad de su disertación sobre *Beowulf* y yo en mitad de fingir que era capaz de fingir que era pintor, y compartíamos una pequeña casa destartada en la Avenida Baltimore. Era un vecindario peligroso donde yo me sentía bastante a salvo, pues aunque la casa estaba demasiado cerca de una calle bulliciosa, estaba hecha mierda, era una chabola, y por consiguiente, era obvio que no teníamos nada que valiera la pena robar. Richard afirmaba que se sentía seguro porque yo era negro; no es que creyera que lo pudiera defender o que lo fuera a defender, pero el resto de la población del vecindario era gente negra y él tenía la sensación de que por pura asociación conmigo lo aceptaban más. Yo le decía que se callara.

—No lo entiendo, de verdad —le dije. Estábamos sentados en nuestra sala de estar casi vacía de muebles, en el banco del ventanal, mirando cómo unos bomberos intentaban no ponerse a tiro de un adicto al *crack* de libro de texto que estaba blandiendo una pala y protegiendo una carretilla con algo ardiendo dentro—. ¿Cómo puedes saber que Tad está en El Salvador?

—Sus amigos le dijeron a mi madre que era allí adonde iba. Y luego llamé al Departamento de Estado —dijo Richard.

—¿Y ellos te dijeron dónde estaba, sin más? —La luz roja giratoria del camión de bomberos me estaba provocando dolor de cabeza.

—No. Me dijeron: “¿Quién es usted y por qué lo quiere saber?”.

—Lo cual viene a ser una admisión.

—Viene a serlo.

—¿Y qué quieres hacer? —le pregunté.

—Debe de haberse metido en algún lío. Quizá esté en la cárcel y necesite un abogado. O quizá esté en el hospital y no se acuerde de cómo se llama. ¿Quién sabe? Necesito ir ahí y ver si lo puedo encontrar. Mi madre y mi hermana se van a volver locas. Más locas todavía. ¿Quieres ir conmigo?

—El Salvador —le dije—. Eso está lejos. Colega, ¿cuánto calor crees que debe de hacer allí?

—Treinta y pocos grados. Lo he mirado.

—No está tan mal —le dije. No hacía falta ser un genio para ver que no era buena idea, pero había que ser idiota para no verlo—. Muy bien, iré, pero no me gusta la idea. ¿No preferirías estar trabajando en tu tesis?

—Esto es más importante. Es mi hermano. Aquí tienes tu billete. —Me dio una funda de pasaje de la Pan Am—. Haremos transbordo en Miami.

Miré el billete. Me gustaba el logotipo de la Pan Am, azul y blanco: —¿Y qué habrías hecho si te hubiera dicho que no?

—Ni se me había pasado por la cabeza.

Siempre me he preguntado, ya desde niño, y de acuerdo con todos los testigos no fui un niño demasiado listo, si el buen juicio y el sentido común son lo mismo. *Nous*. Doy por sentado que el sentido común no es algo que requiera un conocimiento especializado, mientras que el buen juicio sí puede requerirlo. Mi padre afirmaba que el sentido común no tiene nada que ver con el buen juicio, igual que la moda vigente no tiene nada que ver con el gusto. Se puede tener el sentido común necesario para ver una pintura como un desperdicio o un maltrato de los pigmentos, del aceite de linaza y de la tela, y aun así tener el mal juicio de comprarla. Mientras hacía mi maleta, me quedó claro que no estaba poniendo en práctica ninguna de ambas cosas.

El aeropuerto de Ilopingo era pequeño y estaba intensamente abarrotado; parecía más una bolera enorme que otra cosa. Los soldados desfilaban pavoneándose un poco con sus uniformes caqui y sus gorras de camuflaje por delante de la zona donde el equipaje no iba en una cinta transportadora, sino que era arrojado desde unos carros al centro de la sala. Agarramos nuestras bolsas y atravesamos la entrada básicamente sin que nadie nos registrara, aunque siendo objeto de una atención extrema. El hecho de que no habláramos español parecía molestar a la gente menos de lo que yo había imaginado. Noté ciertamente que éramos unos americanos de mierda y que nuestra edad y nuestro aspecto sugerían que quizá estuviéramos allí por una gama bastante limitada de razones o empresas, pero, quizá por esta última razón, pasamos zumbando por aduanas con un simple saludo de cabeza y

sin que nadie nos abriera las cremalleras de los macutos. Cuando pasé por el puesto de control y me sellaron el pasaporte con una mirada breve, pero no menos reprobatoria, tuve la sensación de haber estado allí antes y de que volvería a estar allí, no en aquel país, sino pasando sin ser registrado, aunque sí llamando la atención, por una estación que era memorable, y quizá profunda, y al mismo tiempo inmaterial, aunque no completamente carente de valor. Por entonces, mi yo artístico más sincero, ingenuo o pardillo habría elegido la palabra *infructuosa*, y lo importante de esto era que no me habría importado si tenía razón o no.

Fuera, mientras esperábamos un taxi, varios chavales bailaban al son de una cinta de The Village People cantando a todo trapo “In the Navy”.

—Qué triste —dijo Richard.

Lo que me puso triste a mí fue el hecho de que no me pareciera mal.

La melodía todavía me rondaba en la cabeza cuando el taxi nos dejó delante de la embajada americana. Por irritante que fuera, iba casi cantándola en voz alta, con la vista puesta en una fuente monumental situada al otro lado de la enorme rotonda de tráfico. La embajada en sí, aunque grande, no era tan monumental, y tenía más pinta de pastel relleno rectangular que de otra cosa. Le enseñamos los pasaportes a un marine con forma de armario, que no se mostró más afectado o interesado por nosotros que los agentes de aduanas. Nos hizo una seña con la mano en dirección al interior del complejo. Richard le contó al hombre de la ventanilla a qué habíamos venido: le dijo que estábamos buscando a su hermano, que hacía meses que no se sabía nada de él y que teníamos miedo de que lo hubieran detenido y lo hubieran arrojado a algún calabozo o a alguna mazmorra para que se pudriera allí. Mi opinión era que Richard hablaba demasiado, pero no le interrumpí.

Nos pasamos más de una hora sentados allí antes de que viniera otro hombre a hablar con nosotros. Me pareció que tenía un aspecto alarmantemente parecido al primero. Era alto, casi apuesto, rubio, y tenía un gesto de rechazo que flotaba en el aire frente a él como una nube de colonia. Se sentó en una silla delante de nosotros en la sala de espera.

Richard repitió su discurso acerca de por qué estábamos allí, pero esta vez añadió una mención al hospital antes de comentar que estaba preocupado de que su hermano se estuviera pudriendo en un calabozo.

—¿Y por qué iban a haber detenido a su hermano?

—No sé si lo han detenido —tartamudeó Richard—. Solo lo sugiero como posibilidad. Hace muchísimo que no sabemos nada de él. Como he dicho, podría estar perfectamente en el hospital.

—Pero usted ha mencionado la cárcel. ¿Qué le hace pensar que puede estar en la cárcel? ¿A su hermano lo han detenido alguna vez?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Baltimore. Y en Filadelfia.

—Y en Boston —añadí.

—Y sí, en Boston —dijo Richard—. Pero no entiendo qué tiene eso que ver.

—Ya veo. ¿Y por qué lo detuvieron?

Richard soltó un largo suspiro y se reclinó hacia atrás en su silla.

—Un par de veces, por posesión de drogas, y otra, por disparar un arma de fuego.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Tad Scott.

El hombre se inclinó hacia delante como hace la gente cuando está a punto de marcharse.

—Me parece que no puedo hacer gran cosa para ayudarlo.

—¿No puede hacer usted unas cuantas llamadas? —preguntó Richard—. Preguntar en las cárceles y en los hospitales, algo así...

—Si estuviera buscando a su hermana de diecisiete años que hubiera venido aquí con un grupo de jóvenes cristianos de Massachusetts y fuera sobrina de un congresista, ¿en ese caso sí que podría hacer unas llamadas? —le pregunté yo.

—Sí, podría y hasta seguramente las haría. Y quizá incluso me importaría un carajo —Me miró a los ojos—. Buenos días, caballeros.

Nos quedamos mirando cómo el hombre cerraba la puerta tras de sí.

—¿Cómo lo ves?

—Creo que es más listo de lo que parece.

—Te hablo de mi hermano.

—Creo que es más tonto de lo que parece.

Sentado cerca de nosotros, y no completamente desapercibido hasta entonces, aunque sí bastante desapercibido hasta que carraspeó, había un hombre bajito y grueso con camisa hawaiana.

—No he podido evitar oírlos —dijo con marcado acento sureño—. Se da el caso de que conozco a alguien que quizá pudiera ayudaros. —Le dio a Richard una hoja de papel amarillo arrancada de un cuaderno. No disimuló para nada el hecho de mirar a su alrededor mientras hablaba con nosotros.

—¿Esto es un número de teléfono? —preguntó Richard.

—Sí, este tipo quizá os pueda echar una mano. Es americano, vive en las afueras de la ciudad.

—¿Qué es, detective privado o algo así?

—No, es un *condottiero*.

—¿Un qué?

—Un soldado —dije.

Richard me miró.

—Los he visto en cuadros —le dije.

—O sea, un mercenario —dijo Richard.

—Qué palabra tan fea. En cualquier caso, llámalo, quizá os pueda ser de ayuda y poneros en contacto con tu hermano.

—¿Y usted se pasa el día entero aquí sentado esperando a gente como nosotros? —le pregunté.

—Sí —dijo. Y se volvió a leer su revista.

—¿Y qué gana usted con esto? —pregunté.

—Es un servicio público —dijo—. Yo me saco lo mío, no os preocupéis. El capitalismo no está en peligro.

Richard se guardó el papel en el bolsillo y echó a andar hacia la puerta, pero no me moví. Seguía absorto en el hombre de la camisa hawaiana.

—Venga —me dijo Richard—. ¿Qué estás mirando?

Yo intentaba ver la portada de la revista que estaba leyendo el hombre. Era un número de *Sports Illustrated* y vi que en la portada salía Reggie Jackson con uniforme de los Oakland A's.

—¿Qué pasa? —preguntó Richard, tirando de mí.

—Esa revista es de hace diez años... El tío está ahí sentado leyendo una revista de deportes de hace diez años.

—¿Cómo sabes que es de hace diez años?

—Porque es la época en que dejó de importarme un pimiento el béisbol. Este tío está loco.

—Vámonos de aquí —dijo Richard.

Pero yo no podía dejarlo correr. Me sentía extrañamente irritado.

—Eh, ¿sabe que Reggie Jackson ahora juega con los Yankees?

El tipo de la camisa hawaiana levantó la vista, me dedicó una sonrisa deshabitada, pasó página y siguió leyendo.

Delante del edificio un marine recio, pulcro y de cara roja nos informó de que si habíamos terminado con nuestros asuntos teníamos que abandonar el recinto. Y lo abandonamos. Si se puede considerar unas primeras horas descorazonadoras, estas lo fueron, y Richard, más que yo, estaba dispuesto a volverse al aeropuerto y marcharse a casa. Aunque estábamos a treinta y pico grados y había mucha humedad, exactamente las mismas condiciones que habíamos dejado atrás en Filadelfia, ahora hasta el clima me resultaba exótico, y fui consciente de haber caído en un estado de ánimo, quizá no de aventuras, pero sí de vacaciones. Los colores eran distintos, más vibrantes, fuera o no verdad, ricos en azules, más celestes que los azules de nuestro país, y los amarillos más cercanos al color mostaza. También me sentía cautivado por las miradas que atraíamos, y al mismo tiempo me avergonzaban tanto mi percepción de aquella atención como mi atracción por ella.

Delante de un hotel que nos imaginábamos que podíamos pagar, solo por lo destartado que estaba, me dediqué a pasarle monedas a Richard mientras él intentaba llamar al número que le habían dado en la embajada. La palabra que estaba escrita junto al número era *mala sombra*, todo en minúsculas. Puede que fuera un nombre o un comentario, o sea, que en vez de preguntar por alguien que se llamara así, Richard se limitó a decir la palabra como si fuera una contraseña. Richard tapó el micrófono y dijo: “Se llama Malasombra”. No hacía falta tener mucha imaginación para ver aquello como un mal presagio.

—Me ha dado su número un tipo en la embajada. Me ha dicho que quizá me pudiera ayudar usted —antes de que Richard pudiera empezar a contarle la situación con su hermano, dijo—: Espere, déjeme coger un lápiz. —Le di un bolígrafo y él se puso a escribir en el papel y todavía siguió escribiendo un momento después de colgar. Y me dijo—: Tenemos que alquilar un coche.

—¿Y Malasombra? —le pregunté.

—El tipo tiene una voz siniestra —Richard puso voz ronca y trató de imitar al hombre—. Sí, soy el Malasombra.

—¿El Malasombra?

—El Malasombra —Y siguió hablando con su voz de Malasombra—. No digas nada y ven a esta dirección. Tráeme mangos.

—¿No es coña?

—No es coña.

En el hotel nos informaron de una agencia de alquiler de coches que había a pocas calles. Lo de a pocas calles resultó ser un breve trayecto a una parte todavía más degradada de la ciudad. Había basura amontonada de cualquier modo contra las paredes y en medio de la calle. Una mujer que quizá fuera prostituta estaba apoyada en un coche ruinoso y se nos quedó mirando como si fuéramos clientes en potencia, aunque ahora que lo pienso, lo dudo. Es más probable que nos estuviera viendo como víctimas. No había letrero, solo cuatro coches en un descampado de grava y una oficina con puerta mosquitera. Un hombre sentado ante un escritorio metálico, con los pies sobre la mesa, nos saludó con la cabeza cuando entramos. Llevaba camisa de franela de manga larga y botas de vaquero a pesar del calor, y estaba comiendo directamente de un paquete de palomitas con caramelo Cracker Jack.

—Bienvenidos, gringos —dijo con una voz ensayada y laboriosa que resultó ser todo el inglés que sabía. Continuó en español—. *¿Quieren alquilar un auto?*

—Auto, sí —dijo Richard.

—*Tengo cuatro.*

Richard y yo echamos un vistazo a los cuatro coches, una camioneta Ford de finales de los cincuenta, un Bel Air destartado, un Willys Commando y

un Caddy del 63.

—*Escojan uno* —dijo en español.

Richard me miró.

—Creo que ha dicho que escojamos.

—El Willys —dije yo.

—*Pero solo el Cadillac corre* —dijo el hombre.

—¿*Qué?* —dije yo—. ¿Qué ha dicho?

—*El azul* —dijo Richard.

El hombre negó con la cabeza.

—No corre —dijo en su inglés—. Solo Cadillac.

—Pero ¿entonces por qué ha...? —Richard lo dejó estar y negó con la cabeza.

Me miró y dijo:

—Si tuviéramos beicon podríamos comer huevos con beicon, si tuviéramos huevos.

—¿*Cuánto por el Caddy?* —preguntó Richard.

—*Cien* —dijo el hombre—. *Por día.*

—Cien por día. No está mal —dijo Richard.

—*Dólares americanos.*

—¿Cien dólares al día? No tenemos tanto dinero. *No tenemos mucho* —Richard suspiró.

—*Podemos darle diez* —dije yo. El hombre me miró con el ceño fruncido. Me saqué los bolsillos para enseñarle que era pobre.

—*Por favor* —dijo Richard.

—*Quince* —dijo él.

—Muy bien —dijo Richard, y dejó quince dólares sobre la mesa.

—*Depósito* —dijo el hombre—. *Cien.*

Richard dejó cien dólares sobre la mesa.

El hombre no le dio las gracias.

—*Las llaves están dentro.*

—*Gracias* —dijo Richard.

Le di las gracias también y salimos antes de que tuviera tiempo de cambiar de opinión. No nos pidió pasaportes ni permisos de conducir, se

limitó a recoger el dinero y metérselo en el bolsillo de la pechera y a seguir comiéndose sus palomitas.

El coche azul, el Caddy Coupe de Ville del 63, era una bestia con alerones que se puso a gritar en inglés americano cuando Richard arrancó el motor. Había un agujero en el silenciador que por alguna razón parecía necesario. Al girar a la derecha para salir del solar levantamos una nube de polvo detrás de nosotros y cuando miré a través de ella vi al tipo de los Cracker Jack observándonos desde la puerta. Nos pusimos en marcha en dirección nordeste y salimos de la ciudad para adentrarnos en una zona residencial rural consistente en chabolas de tablones y caravanas. La caravana del Malasombra destacaba como la más agradable de su manzana. Cuando llamamos a la puerta, se nos quedaron mirando varios vecinos, varios pollos y un burro.

—Entrad.

Entramos y nos encontramos a un hombre sentado con los codos en las rodillas sobre un sofá empotrado en la pared de delante. Puede que tuviera treinta años, pero estaba avejentado y el pelo rubio le clareaba en la coronilla, aunque curiosamente iba bien afeitado. La caravana olía a salami y a Aqua Velva. Los cojines con estampado sucio de flores se curvaban alrededor de su trasero.

—¿Eres Malasombra?

—Soy el Malasombra. ¿Dónde están mis mangos?

—No los hemos traído.

—Les pido a estos cabrones que hagan una cosa por mí y van y se olvidan, joder —dijo, como si estuviera hablando con otra persona—. Una sola puta cosa.

—Lo siento —dijo Richard.

—¿Cómo te llamas?

—Richard Scott. Estoy intentando encontrar a mi hermano.

—¿Quién es este? —El Malasombra señaló con la cabeza hacia mí sin mirarme—. ¿Tu chófer?

—Mi amigo.

—Kevin —dije yo.

—Me importa una puta mierda cómo te llames —dijo el Malasombra.

—Me imagino —dije yo.

El Malasombra me fulminó con la mirada hasta que aparté la vista.

—Como digo, estoy intentando encontrar a mi hermano —repitió Richard, con vocecilla aguda de miedo.

—Dime pues, Richard Scott, ¿por qué crees que este hermano tuyo está aquí en El Salvador?

—Me dijeron que había venido aquí.

—¿Y por qué iba a venir aquí? —El Malasombra se encendió un Camel sin filtro y expulsó el humo hacia el techo—. Fíjate, no se me ocurre ninguna buena razón para que un chaval americano venga a este puto país de mierda de los cojones.

—Tú estás aquí —le dije.

—Sí, estoy aquí —dijo sin mirarme—. Estoy aquí porque soy un capullo de mierda. Estoy aquí porque me gusta sudar todo el año. Estoy aquí porque odio a los maricones como vosotros de los Estados Unidos de América. Estoy aquí porque echo de menos el puto Vietnam.

—Eres un mercenario —le dije.

—Vete a la mierda —dijo el Malasombra, y expulsó el humo hacia mí—. Háblame de ese hermano, pues. ¿Tiene nombre?

—Tad.

—Qué nombre tan mono. ¿Es un *hippie* maricón como vosotros dos? ¿Qué pinta tiene? ¿Alto? ¿Bajo? ¿Calvo?

—Tiene treinta y un años, es como yo de alto. Lleva el pelo más corto. —Richard me miró—. Tiene un tatuaje en el brazo izquierdo, un tigre y unos ideogramas chinos.

—Ideogramas —repitió el Malasombra con un soplido de burla—. ¿Qué clase de drogas toma? ¿Vende armas?

—¿Qué? —dijo Richard.

—Venga ya, *gilipollas*. Está claro que no es ningún misionero que ha venido al Tercer Mundo a salvar almas de panchitos, o sea, que o bien está comprando drogas o vendiendo armas. Apuesto a que son drogas.

—Seguramente son drogas —dije.

—Seguramente. —El Malasombra soltó una risita.

Richard empezó a impacientarse. Se meció sobre los talones.

—El tipo de la embajada dijo que quizá me pudieras ayudar.

—Es su hermano —dije, intentando apelar a una pizca de decencia en aquel hombre—. Solo quiere encontrar a su hermano. —Aunque no la dije, dejé la palabra *gilipollas* flotando en el aire.

—¿Tienes una foto?

Richard sacó una foto doblada del bolsillo de la chaqueta y se la dio al hombre. El Malasombra no la examinó, sino que la dejó boca abajo sobre la mesita de café que tenía delante.

—¿Qué clase de drogas? —preguntó el Malasombra—. ¿Qué le gusta?

—La cocaína y la hierba —contestó Richard inmediatamente—. Es lo que le solía gustar.

—¿Sois universitarios? —preguntó el Malasombra.

No dijimos nada. Yo estaba desconcertado.

—¿Vais a la universidad?

—Sí —dije.

El Malasombra sonrió.

—¿Qué hacéis? —Hizo una pausa—. ¿Qué hacéis en la universidad?

—Yo estudio arte —dije.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Me estás diciendo que mientras yo estaba sudando y sacándome sanguijuelas del tamaño de ratas de la polla blanca en Vietnam tú estabas dibujando a chicas desnudas en una habitación soleada?

—Siempre que podía —le dije.

Mi respuesta le cogió por sorpresa y la naturaleza de su sonrisa cambió. Ahora era extrañamente menos amenazadora, pero estaba claro que no me odiaba menos.

—¿Sabéis a cuántos *vietcongs* maté estando allí? ¿Queréis que os lo diga?

Richard me miró y yo me giré para escrutar la escena del otro lado de la ventana. Había una mujer mayor tendiendo ropa en una cuerda. Un chaval bajo y grueso iba empujando una mecedora pequeña por el patio.

—Maté a mil más o menos. Maté a cada puto vietnamita que vi. ¿Qué os parece, nenas? Unos mil, familia más o familia menos.

Me parece que nos hemos equivocado de sitio —dijo Richard.

En aquel momento me sentí orgulloso y más que dispuesto a marcharme con él.

—Tranquilo, joder —dijo el Malasombra—. No os pongáis histéricas. Puedo encontrar a tu hermano. Necesito saber si tienes dinero. ¿Cuánto dinero tienes?

—Tengo unos mil dólares —dijo Richard.

—¿Tienes mil dólares o no?

—Tiene mil dólares —dije yo.

El Malasombra miró por la ventana que había detrás de Richard y de mí.

—Lo haré por mil dólares, pero solo porque me caéis bien, universitarios.

Richard me echó un vistazo. Yo me encogí de hombros o por lo menos hice un amago.

—Me pagáis cuando esté hecho el trabajo —dijo el Malasombra—. ¿Qué os parece? Venid mañana por la mañana a las siete y empezaremos. ¿Sabéis madrugar, nenas?

—Nos las apañaremos —dije.

—Y tú —dijo el Malasombra, señalándome con la mano del cigarrillo.

—¿Sí? —dije.

—No creas que no me he dado cuenta de que eres un negro de mierda.

—Tenía miedo de que se te pasara por alto...

—Es un simple comentario —dijo—. También maté a algunos de los tuyos en Vietnam. Ya sabes, cuando nadie miraba. Corrían muchos negros de mierda por allí. —Sonrió.

—Claro. Dudo que seas capaz de matar nada con alguien mirando.

—Volveremos por la mañana —dijo Richard. Me agarró del hombro y tiró de mí hacia la puerta.

—Muy bien. Ahora largo de aquí. Cascáosla al despertar para desempalmaros y llegad aquí a la hora.

CASA

Mis hijos no tenían demasiado interés en su padre más allá de la simple cuestión de la manutención familiar diaria, estaba claro. Saltaba a la vista que el amor no era lo suyo. Como a su madre sí que se le daba bastante bien, me temo que el culpable de aquella deficiencia era claramente yo, por mucho que no sepa explicar por qué. Mi hija y yo teníamos una relación estrecha cuando era niña. Luego llegaron las hormonas. Y mi fracaso generalizado como padre.

Una vez, estando de visita en el Museo Picasso de Antibes, Matisse se quedó mirando la *Mujer reclinada*. Al parecer le irritó aquella odalisca. Se quedó un rato examinando el panel alargado de contrachapado y por fin dijo que Picasso había hecho algo raro con el trasero de la mujer, que sus dos partes giraban de una forma extraña. Que no seguían los demás planos de su cuerpo, dijo. Luego sacó un cuaderno e hizo un bosquejo del cuadro que sin duda se llevó a casa para estudiarlo.

Era la misma casa de Martha's Vineyard de todos los veranos. No era nuestra, aunque sí lo bastante como para tener marcas nuestras: una quemadura en la encimera de la cocina, un azulejo partido en el suelo de la ducha. Un año me consternó ver que habían cambiado un tablón del suelo de la ducha al aire libre. Había libros que habíamos dejado allí nosotros y que habían sido leídos por la gente que alquilaba la casa durante el resto del año. En la pared de la diminuta sala de estar había un pequeño lienzo mío. Antes de que los niños fueran adolescentes había sido un sitio feliz y lleno de luz. Sin embargo, a medida que crecían, arrancarlos de sus amigos y de

su mundo para tenerlos allí aislados en aquella isla con sus padres resultó cada vez más difícil para todo el mundo.

Todas las mañanas Will y yo íbamos en canoa hasta el centro de la laguna que quedaba detrás de la casa y mirábamos cómo las águilas pescadoras atrapaban a sus presas y volvían a sus nidos. Una vez incluso pudimos ver un polluelo que arrancaba a volar por primera vez. Will tenía doce años. Se emocionó tanto que dio un salto dentro de la canoa y la hizo volcar. Los pies se me hundieron en el limo profundo del fondo. Agarré a Will del cinturón y lo subí al armazón de la canoa. No llegamos a correr peligro, y en cuanto estuvimos los dos agarrados a la barca nos echamos a reír como histéricos. Enderecé la canoa, lo empujé a él adentro y me las apañé para subirme también a bordo. Estábamos empapados, pero no nos importaba. A Will solo le importaba el águila en tanto que parte necesaria de la historia de cómo habíamos volcado. Al volver a casa contó la historia con gran detalle, riéndose más que antes, describiendo la expresión de mi cara, lo fría que estaba el agua. April se rio con él al principio y luego desapareció en segundo plano. Yo vi su alejamiento.

En la propiedad había un viejo granero, no muy grande, casi a punto de venirse abajo, y yo lo usaba para pintar. Tengo que decir que fui muy feliz todos los meses que pasamos en aquella casa, y sin embargo, nunca pinté nada allí que me gustara ni una pizca. Hasta aquel día, el día en que vi revelarse la inseguridad silenciosa de mi hija, y quizá sus celos. Aquella noche no dormí, sino que abrí mi cuaderno y compuse una pequeña pintura, *Azul naciente*, que se convertiría en la imagen de la que nacería mi enorme cuadro privado. La reacción de mi hija, por breve y fugaz que fuera, y por poco que se revisitara después, fue, creo, mi primer reflejo real de su amor por mí. Reconocí de inmediato la vanidad de mis pensamientos, pero con eso no bastó para descartarlos. Yo quería que ella me quisiera como yo la quería a ella. Quería que ella me quisiera tal como yo me había imaginado que me quería de pequeña.

En aquel pequeño lienzo se juntó todo lo que yo había intentado hacer. Mi deseo de entender algo de la sumersión —esa fue la palabra que usé, convencido de que estaba lo bastante clara para mí y consciente de que resultaría completamente desconcertante para los demás— se vio

reemplazado por un intento de crear una metáfora de lo biológico. Los bordes de mis formas, mis líneas, se suavizaron, mis colores se volvieron menos metálicos, menos terrosos, y acabaron siendo, a falta de una palabra mejor, celulares.

A la mañana siguiente me desperté antes que Will, pero me encontré a April removiendo sus cereales en la mesa de la cocina. Me senté delante de ella y me serví cereales también en mi cuenco. Su madre estaba en la ducha.

—Eh, chiqui, me preguntaba si querrías salir esta mañana con la canoa.

—Will todavía duerme.

—Will se puede quedar en casa esta mañana. Tú nunca vienes conmigo. Tú sola, quiero decir. He pensado que podría estar bien, para variar.

—Vale.

Terminamos de desayunar y cruzamos el césped mojado que daba a la playa y a la canoa. April se sentó delante de mí y yo empujé la canoa para meterla en el estanque. Remamos aprovechando la bajamar hasta el medio de la laguna. Fue fácil. Nos paramos allí y quedamos a la deriva. Las águilas pescadoras iban y venían y eran tan preciosas como siempre. No hablamos mucho, más allá de “mira esa”. No vimos al polluelo. Empezó a hacer calor, el sol era intenso.

—¿Podemos volver ya? —preguntó April.

—Claro.

Pero a la vuelta hubo que remar contra corriente. Remé y remé, pero no conseguía avanzar. April dio unas cuantas paladas al agua, pero luego dejó de prestar atención y se mostró deliberadamente distraída, lo cual no habría sido problema si no hubiera dejado su remo ocioso dentro del agua, haciéndonos girar una y otra vez. Tardamos el triple de tiempo en luchar contra la corriente y llegar de vuelta a la playa.

Will salió a recibirnos cuando nos acercamos a la casa. Estaba excitado por el hecho de que hubiéramos ido a la laguna.

—¿Habéis visto el polluelo?

April pasó a su lado sin mirarlo y dijo con voz inexpresiva y hueca, lo bastante fuerte como para hacerse oír:

—Vete a la mierda.

Al parecer Monet, de anciano, perdió confianza en sus últimas obras y les quiso pegar fuego. Qué paciencia debió de tener para esperar a la vejez antes de sentir aquello. Y oh, qué distintos nuestros problemas, los de Monet y los míos. Él estaba luchando para conseguir que la pintura representara agua clara con hierba moviéndose justo bajo la superficie. Yo luchaba para entender por qué cojones pintaba. Me acordaba de que mi abuelo había visto una de mis primeras pinturas justo antes de morir. Era un lienzo de tamaño medio, quizá noventa centímetros por metro veinte, con muchos verdes y azules, los colores aplicados codo con codo con pinceladas rápidas y bruscas y una esfera de ocre y amarillo indio mezclada libremente con blanco intentando entrar en erupción en el centro. Pintada con plantilla a lo largo de la parte de abajo del lienzo estaba la palabra *descripción* en minúsculas. Mi abuelo me sonrió y me dijo:

—Me gusta. Pero, Kevin, ¿hay algún camino que nos traiga de vuelta de la ironía?

Años antes, cuando los niños tenían hora de irse a la cama, Linda y yo salimos una noche al porche después de ponerlos a dormir. Por entonces yo todavía fumaba y también bebía y puede que estuviera un poco borracho. Me encendí el puro a oscuras. Su luz roja-anaranjada me dio ganas de pintar. Linda llevaba el pelo recogido en la nuca, tal como yo le había dicho que me gustaba. Mucho tiempo atrás, cuando le había pedido que se casara conmigo, creo que habían sido mi profunda tristeza y mi melancolía las que la habían llevado a darme el sí. Era una romántica y supongo que pensaba que me podía salvar. Supongo que yo pensaba lo mismo.

—Mira las luciérnagas —dijo Linda.

Contemplé aquellos insectos.

—Hay muchas menos de las que solía haber. ¿Qué crees que significa? —le pregunté.

—No lo sé.

—Quizá el fin del mundo.

Y de pronto, como para demostrar que yo estaba equivocado, la naturaleza nos puso delante un frenesí de luciérnagas. Eran maravillosas y me sentí pequeño.

—O quizá viviremos para siempre —le dije.

—Mola.

—¿Mola?

—Paso demasiado tiempo con Will.

—Dime, pues, ¿cuándo supiste que me querías?

—Sé exactamente en qué momento me enamoré de ti. Estábamos en aquel barecito, el que se quemó, y estábamos hablando de pintura y te pregunté por qué la amabas tanto.

—¿Y qué te dije?

—Apartaste la mirada y me dijiste, como si ni siquiera supieras que estabas hablando, que podías usar pintura para hacer un paisaje, pero que ningún paisaje podría ser nunca una pintura.

—¿Y tú lo entendiste?

—Para nada.

—Qué alivio. Fue una suerte que no salieras corriendo de allí. No tengo ni puta idea de qué pude querer decir con aquello. ¿Estás segura de que es lo que dije?

Linda se rio por lo bajo.

—Me acabo de volver a enamorar de ti.

—Eres una romántica —le dije.

—¿Cuándo te enamoraste tú de mí? —me preguntó.

—La primera vez que te vi.

—No, en serio.

—En serio.

Le estaba mintiendo. Quería haberme enamorado de la forma en que lo estaba contando. Quería enamorarme otra vez. No hicimos el amor. Estábamos demasiado agotados después de todo el día con los niños, pero nos quedamos sentados allí en el porche hasta bien entrada la noche. Las luciérnagas desaparecieron, pero las nubes se alejaron y dejaron al descubierto la luna y después volvieron.

Se puso a lloviznar.

Por entonces Richard estaba casado con una mujer preciosa llamada Rachel. Rachel había sido una de las estudiantes de posgrado de Richard, pero había dejado los estudios para centrarse en la relación con su profesor, una maniobra de la que ella culpaba a Richard, aunque como es predecible él contaba la historia de forma algo distinta. Pese a ello o pese a todo, quién sabe cuál es la forma correcta, se casaron, con el resentimiento no solo intacto, sino creciendo. Richard y Rachel alquilaron una casa en Edgartown durante el mismo mes que nosotros pasábamos en la isla. Richard me explicó que necesitaban tener café y *bagels* lo bastante cerca como para ir andando.

Un domingo por la mañana quedé con Richard para ir a comer uno de aquellos *bagels* y beber una taza de café. Me había pedido que nos encontráramos en un local que había junto al muelle del ferri.

—Hace demasiado calor para caminar —dijo Richard.

—Entonces vas a pasar una buena temporada aquí sentado —le dije—. Se supone que va a hacer calor toda la semana.

Él asintió con la cabeza y señaló con la barbilla algo que yo tenía detrás. No le hice caso. Richard siempre estaba intentando hacer que me fijara en las mujeres atractivas.

Bebí un té caliente, creyendo que me refrescaría. Lo creía porque lo había leído de niño y lo seguía creyendo a pesar de que no tenía ninguna experiencia de que realmente funcionara.

—¿Te parezco sexi? —me preguntó Richard.

—Te acabo de conocer —le dije.

—No, en serio.

—¿Sexi?

—Sí, ya sabes, sexi, atractivo, seductor, deseable.

—Sensual, voluptuoso, apetecible —añadí—. ¿Quieres decir digno de llevarte a la cama? —Eché un vistazo a mi alrededor para ver si había alguien oyendo nuestra conversación—. Tengo que decir que no, para mí no.

—Imagínate que eres una mujer.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —pregunté—. Si fuera una mujer seguiría sin encontrarte sexi porque sin duda sería lesbiana. ¿Y a qué

viene todo esto?

—Creo que Rachel está cansada de mí.

—Entiendo por qué —le dije.

—Físicamente, digo.

—¿De dónde sale todo esto? No pareces tú.

—No lo sé. Seguramente es porque ha venido su amiga Bárbara y de pronto da la impresión de que yo ni siquiera estoy. —Empujó su *bagel* al otro lado del plato—. Son como siamesas emocionales o algo así. Ya es malo de por sí que hablen a diario, pero es que ahora están juntas... —Cogió el *bagel* y le dio un mordisco—. Vamos, que están hechas unas hermanas Papin.

—¿Sabes? No pretendo captar tus referencias esotéricas, pero ahora por fin te entiendo.

—¿Ah, sí?

—Eres un inmaduro que se siente excluido.

—Bueno, si lo quieres entender así... ¿Entonces no crees que están ahora mismo en casa comiéndose el coño?

Una mujer que estaba en una mesa cercana levantó la vista de su libro.

—Baja la voz —le dije—. Miremos por el suelo a ver si podemos encontrar tu cromosoma Y.

—Ya sabes cuál es el problema. Es demasiado joven para mí.

—Quieres decir que tú eres demasiado mayor para ella.

Richard asintió con la cabeza.

—¿Quién se imaginaba que sería yo el que se acabaría sintiendo inseguro?

—Pues todo el mundo.

No hace falta decir que aquel matrimonio no duró. Para ser justos, duró más de lo que me esperaba y terminó sin la explosión que vaticinaba, más bien con un borboteo. Por suerte, ni Richard ni Rachel se quedaron destrozados, más bien agotados y, me imagino, aliviados.

—Habéis durado más de un año —le dije yo. Levanté mi vaso de *bourbon* para brindar.

Él tocó su vaso con el mío.

—Te tendría que haber hecho caso.

—Pero si no dije nada, ¿no?

—Pero lo pensaste.

—Sí, lo pensé.

—April ya casi es adolescente. ¿Cómo es la experiencia?

—No tienes permiso para casarte con mi hija —le dije—. Es demasiado mayor para ti.

—Pero es guapa. —Nos sirvió más alcohol en los vasos—. ¿Y William qué? ¿Está sobreviviendo a la tormenta de hormonas?

—Supongo. Es un poco como yo.

—¿Autista?

—Exacto.

—¿Crees que querría salir con el velero conmigo mañana?

—Creo que le encantaría.

—Kevin, ¿por qué crees que me lo monto tan mal?

—¿A qué te refieres?

—A cosas como casarme con Rachel.

Miré el césped agostado por la ventana.

—Rachel es una mujer lista y preciosa. Yo no diría que te lo montarás mal. Simplemente no funcionó.

—Es lesbiana.

—Bueno, lo habrá descubierto o finalmente lo habrá admitido ante sí misma, no sé cómo irán esas cosas, pero si no lo sabía ella, ¿cómo lo ibas a saber tú? Imagínate qué doloroso debió de ser para ella esconderlo, negarlo.

—Eres un puto progre como Dios manda. Y eres muy razonable cuando hablas de mi vida, ¿verdad? —dijo Richard—. ¿Te has fijado en eso?

Lo miré.

—Has estado hablando con Linda.

—Dice que trabajas demasiado.

Asentí con la cabeza.

—Y que bebes demasiado.

Volví a asentir con la cabeza.

—Eso puede que sea verdad.

—Bueno, pues para.

Lo de beber demasiado era discreto a su manera, y sin embargo, aunque no causaba trastornos físicos, bastante violento. Empezaba a mediodía, inocuamente, con una copa de vino, y ascendía antes de la cena con *whisky* o *bourbon*. Era un problema que yo no era consciente de tener hasta que me acercaba al fondo de la botella, así que para evitar aquella sensación compraba varias botellas a la vez. Un día el chico nuevo con problemas de cutis de la licorería me preguntó si estaba montando una fiesta. Me metí en el coche y rompí a llorar. Pero no dejé de beber. Lo que hice fue dispersar mis compras por una zona más amplia, consciente de lo patético que era.

PARÍS

Lo que no os he contado es que esta música empezaba con cinco tramos de pausas. ¿Qué marca el inicio del primer tramo? El poema presenta a una mujer y un hombre caminando por un bosque frío y sin hojas. Están contemplando la luna encajada en un cielo negro sin nubes. Pero entonces, después de que el viento le golpee la espalda al hombre, *O sieh, wie klar das Weltall schimmert! Es ist ein Glanz um Alles her.*

Victoire y yo habíamos quedado para almorzar en La Contrescarpe, en el quinto *arrondissement*, de forma que allí fuimos. Yo llegué primero, igual que llego primero a todas partes; siempre llego antes de tiempo, por una combinación de mala planificación y del deseo de convencerme engañosamente de que voy a tener el control de la situación, aunque solo sea por el hecho de que puedo ver el mundo primero. Me senté en el café, rodeado de libros que no eran más que decoración. El batiburrillo de títulos no creaba demasiado ambiente, pero la verdad, el local era memorable por su ornamentación. El fárrago de lomos me resultó más inquietante que otra cosa. Era un día fresco, casi frío. Me senté con un expreso y miré cómo pasaba la gente, esperando a que uno de ellos fuera Victoire.

La imagen de Victoire caminando hacia mí con sus pasos elásticos por la Rue Lacépède me hizo sentir al mismo tiempo joven y viejo. Me divisó y me sonrió, y por un momento no vi nada más que su juventud, y eso me dejó sintiéndome al mismo tiempo mal y maravillosamente. Me volvió a sonreír y la sensación desagradable desapareció. Me puse de pie y le acerqué una silla para que se sentara.

Vino el camarero y Victoire le pidió un café. Luego me miró a mí y, como si ya lleváramos unos minutos conversando, me dijo:

—Dime algo ingenioso sobre la pintura.

Negué con la cabeza.

—Te has equivocado de puerta —le dije.

—¿Eso qué significa?

—Es una frase hecha. “Te has equivocado de puerta” significa que estás buscando respuestas en el sitio equivocado.

—Pues dime algo sobre la pintura. Lo que sea.

—Te puedo hablar de mis ojos —le dije.

—¿De tus ojos?

El camarero le trajo el café a Victoire.

—Odio mis ojos. Tengo dos y a los dos les llega exactamente lo mismo.

—Así pues, uno de tus ojos quiere algo distinto —dijo. Sus flirteos solo me molestaban porque dejaban claro que era más lista que yo.

—¿Vives cerca de aquí? —le pregunté.

—Muy cerca. —Dio un sorbo de su café.— ¿Dónde está tu mujer?

—Está en un tren. Llega a las cuatro.

Eché un vistazo al café y su mirada se demoró en los libros.

—Nunca me ha gustado este sitio. ¿A ti te gusta?

—No está mal. ¿Hay otro al que prefieras ir?

—Sí. Está muy cerca.

Y muy cerca, claro, estaba el piso de Victoire. Era verdad después de todo que era acuarelista, y tenía el piso lleno de acuarelas. Por suerte no eran retratos de vacas, aunque entre ellas predominaban los parques vacíos y las sombrías escenas de ríos. Había un ventanal grande con vistas a un jardín. En mitad del jardín había un bebedero para pájaros roto y me sentí un poco culpable cuando me di cuenta de que le estaba prestando más atención que a las muchas obras de arte que me rodeaban. Devolví mi atención a la obra de Victoire y me pareció bien ejecutada, aunque ordinaria. Me detuve frente a la pintura de un arroyo.

—Este me recuerda a los *Témpanos* de Monet.

—*Merci, Monsieur* —me dijo, y fingió que hacía una reverencia—. ¿Querría usted un vaso de agua?

—Por favor.

Fue a la pequeña zona que servía de cocina y regresó con un vaso. Se quedó cerca de mí mientras yo daba un sorbo, lo bastante cerca como para

ponerme nervioso y hacerme sentir un poco tenso. Se meció sobre los talones. Me fijé en que lo hacía al mismo tiempo que me fijaba en que ahora iba descalza.

—Ahora es cuando tú intentas besarme y yo me aparto recatadamente.

Dejé el vaso y con menos torpeza de lo que me había parecido posible rodeé a la joven con el brazo y le pegué los dedos a la rabadilla. Ella me produjo una sensación de liviandad y de estar viva, y le besé los labios, suavemente, y supe que nunca me podría mentir a mí mismo de forma convincente para pensar que aquello no producía una sensación maravillosa.

—Bueno, ha estado muy bien —le dije—. Pero ahora me tengo que ir.

—¿Qué?

—Lo siento —le dije, aunque sin soltarla—. Esto no se me da bien. —Yo era consciente de estar mintiendo. Al parecer sí se me daba bastante bien, y mi intento de engañarme a mí mismo formaba parte de mis nada torpes planes de flirteo. La volví a besar y ella me devolvió una vez más el beso. Llevaba muchos años sin estar con nadie más que con mi mujer, pero cometí mi única torpeza durante los segundos que me pasé planteándome este hecho. Victoire era delgada y de espaldas anchas y tenía una caja torácica marcada que se me clavó cuando la abracé. Ella suspiró, pero era puro teatro. No la comparé con nadie cuando la abracé, cuando la seguí besando, cuando le pasé el dedo por el cuello, por la clavícula y sobre el pezón cubierto por el fino jersey. Apenas tenía pechos, y cuando dio un paso atrás y se quitó el jersey con un solo movimiento fluido, vi lo hermoso que era su pecho plano. Dejó caer el jersey al suelo y apartó la vista y mencionó que de pronto se sentía tímida. Recuerdo con claridad lo que le contesté, y me alegré de decirlo porque finalmente estaba ejerciendo cierto control sobre aquella escena.

—Por favor —le dije—, no dejes que los flirteos estropeen el sexo.

Mi comentario la cogió por sorpresa y creo que la excitó. Incluso en pleno momento me enorgullecí de haber dicho sexo en vez de hacer el amor. Ella regresó a mí y me volvió a besar, esta vez con la boca más abierta. Le puse la mano detrás de la cabeza, con los dedos en su pelo, y me aparté para mirarle la cara.

—¿Dónde tienes el cuarto de baño? —le pregunté.

Era cierto que necesitaba orinar, pero lo que realmente quería era una pausa. Al más puro estilo francés, en el lavabo no había nada más que el retrete. No había espejo, o sea, que no me pude mirar la cara. Si hubiera podido verme, habría tomado la rápida decisión de abandonar aquel pequeño apartamento. Mientras miraba fijamente la puerta, que no ofrecía ningún reflejo, preparándome para volver a entrar en el mundo, todavía sentía la lengua de Victoire dentro de mi boca. Resultaba agradable desear a aquella mujer, y no sentí culpa.

Y sin embargo, no volví a tocarla. Le miré las manos jóvenes y el cuello, y cogí mi abrigo.

—No te marchas, ¿verdad?

—Creo que debo.

—Quédate más.

—Tengo que recoger a mi mujer en la estación. —Lo dije tan simple y llanamente que me sobresalté a mí mismo.

—¿Qué edades tienen tus hijos? —me preguntó ella. Se tapó el regazo con la sábana.

—Son pequeños. Seis y dos. April y Will.

—¿Son tan guapos como yo?

—De otra manera.

—Eso espero.

Me reí mientras me ataba los cordones.

—¿Cómo has llegado a ser así? —le dije.

—¿A ser cómo?

—Ingeniosa.

—Me sale natural. Muchas cosas me salen naturales.

—Estoy seguro.

—Eres muy valiente —me dijo.

Yo la miré, quizá ladeando la cabeza como un perro confundido.

—¿Valiente? ¿Qué tiene que ver el hecho de ser valiente con esto?

—Mira dónde estás. Estás en el piso de una chica francesa.

—Esto no es valentía, es debilidad, lujuria, indulgencia.

—Como tú prefieras.

Miré el reloj.

—¿Volverás?

—No lo sé. —La miré a la cara. Quería volver a verla, así que asentí con la cabeza.

Ella se giró hacia su escritorio y me apuntó su número de teléfono.

—Me puedes llamar en cualquier momento.

—Lo haré.

Linda bajó su equipaje con dificultad hasta el andén. Yo me abrí paso a contracorriente por entre los pasajeros que desembarcaban para llegar hasta ella. Le cogí la bolsa que llevaba colgando del hombro y ella se quedó con su maleta con ruedas.

—Bueno, llegamos puntuales —dijo—. Han sido muchas horas en tren. ¿Cómo ha ido tu almuerzo?

—Bien.

—¿Dónde habéis comido?

Le conté mi primera mentira.

—Pues mira, justamente en el restaurante de Le Bon Marché.

—¿Me has comprado algo?

—Lo siento.

—Me muero de hambre. ¿Te importa sentarte conmigo mientras como?

—Claro que no. ¿Adónde quieres ir?

—El café de al lado del hotel ya me va bien.

Fuimos de la estación a la Rue Saint-Placide, donde nos sentamos debajo de la estufa de la terraza en un café que había justo al lado del metro. Linda pidió una hamburguesa con patatas fritas y una Coca-Cola. Yo pedí un café.

—Entonces, ¿Burdeos no ha ido bien?

—No muy *bon*. Un centro comercial enorme. —Dio un sorbo de Coca-Cola—. Pero parece que a Margaret le gusta. Creo que seguramente sea un sitio mejor para vivir que para visitarlo.

—¿Qué tal es su marido?

Linda puso los ojos en blanco.

—Un italiano desempleado. Leonardo. No me ha caído bien. No me fío de él. Tenía aire de *playboy*.

—Margaret debe de ver algo en él —le dije.

—¿Y cómo te ha ido con tu joven amiga?

Me podría haber tomado su pregunta como una acusación, pero no lo era.

—Ha sido iluminador.

—¿En qué sentido?

—Hablando con ella, me he preguntado si alguna vez fui tan joven. Debí de serlo, pero no me acuerdo.

Llegó la comida de Linda.

—Qué rápido. *Merci*.

—Étienne me ha pedido que me quede dos semanas más —le dije. Era cierto que mi agente francés había mencionado que me podía quedar un poco más en París, pero solo lo había sugerido de pasada—. Quiere presentarme a unos compradores.

—Claro. Quédate. ¿Seguro que no te quieres quedar para estar con tu nueva novia? —Linda me sonrió, con su sonrisa burlona.

No contesté.

CASA

Supongo que todos los alcohólicos quieren considerarse unos simples borrachos inofensivos, todos quieren creer que nadie ve lo que son en realidad. No, nunca tuve ataques de cólera, ni entré tarde y haciendo ruido en recitales de danza, ni grité demasiado fuerte o hice comentarios inapropiados en partidos de fútbol, pero sí que era intensamente consciente de emitir un perfume dulzón por las noches, y también de que mis hijos me miraban a los ojos y me aguantaban la mirada durante un momento demasiado largo y luego la apartaban demasiado deprisa. Pero principalmente me avergonzaba la forma en que Linda se apartaba de mí por las noches, fingiendo que dormía con la cara mirando hacia la ventana. Por los movimientos de su nuca me daba cuenta de que estaba completamente despierta y hecha un manojo de nervios, se le notaba en la respiración y en lo rígidos y pegados al cuerpo que tenía los codos. No hubo una sola razón que desencadenara la *suspensión* repentina de mi hábito, y uso el término *suspensión* a modo de reconocimiento de esa idea común y quizá correcta de que uno puede volver a caer fácilmente víctima de la botella en cualquier momento. La verdad sea dicha, no eché de menos la botella cuando decidí parar y sigo sin echarla de menos. No hubo ningún comentario conmovedor por parte de ninguna criatura sabia, no hubo epifanía digna de mención, solo un lento proceso de hartarme de mí mismo. Tenía que dejarlo de golpe y necesitaba un catalizador. Los grupos nunca se me habían dado bien. En Alcohólicos Anónimos había demasiado Dios y eso me podría haber empujado a la bebida y las drogas. Lo que encontré que podía sostener mi empresa fue mi cuadro privado, que irónicamente pareció resultar igual de dañino para mi familia que el coñac. Ciertamente tenía un precio material más caro: la pintura no es barata. El cuadro me llevó de vuelta con mi familia y al mismo tiempo encajó una cuña formidable entre nosotros. Solo ocasionalmente me quedaba trabajando

hasta la madrugada de la forma en que afirmaba trabajar cuando era un simple borracho. No puedo decir que prestara más atención a los entresijos de mi familia; estaba más presente físicamente, eso sí, pero casi siempre tenía la mente en el cuadro o alrededor de él. Era socialmente mucho más aceptable ser adicto al trabajo, un artista obsesionado, que ser un borracho, pero para usar la expresión que usaba un antiguo vecino mío, *he venido a contaros* que todas las adicciones son igual de malas.

Lo realmente triste era que me había apartado de mi mujer y mis hijos por culpa del alcohol, pero en vez de encontrar la corriente que me llevara de vuelta con ellos cuando lo dejé, me limité a acampar en una isla sin cartografiar que había en mitad de mí mismo. Aun así, por egoísta que yo fuera, la situación había mejorado. Se podía confiar más en mí. A un artista ausente se lo perdona más fácilmente que a un alcohólico.

Hubo unas cuantas personas que no se creyeron, no pudieron o no quisieron creerse que yo hubiera dejado de beber de golpe. ¿Cómo lo has hecho?, me preguntaron. Mi respuesta era simple, completamente sincera e insatisfactoria. «Pues dejando de beber», les decía. Una mentira verdadera.

Cuando venían entrevistadores a hacerme preguntas, yo me ponía de mal humor y me quedaba decepcionado de mí mismo por mi modalidad personal de vanidad. Me quejaba de que estaban robando mi tiempo, pero a la vez me complacía su atención. Me retraía, me volvía extrañamente literal de una forma que a mí me parecía comprensible, antijerga e incluso antiintelectual, cayendo en una convicción profunda, quizá artificiosa, probablemente un poco insincera y ciertamente indulgente, de que el arte solo podía proceder de un estado de inocencia, de ingenuidad, y por mucho que quizá fuera una contradicción, de una mente pura. Una mujer bastante maja de la revista *Artforum*, de inteligencia sobrada, y que hablaba casi ceceando, me preguntó por el uso de plantillas de letras en algunas de mis primeras pinturas.

—¿Por qué siempre usaba usted la misma tipografía en las plantillas? ¿Qué significa para usted ese tipo de letra? —me preguntó.

—Usaba esas plantillas porque eran las que vendían en la ferretería.

—Pero es la misma tipografía en todos los cuadros, ¿por qué?

—Porque es la que venía en las plantillas.

—Pero si quisiera usted un estilo distinto, ¿habría tenido reparos en recortar sus propias plantillas?

—¿Para qué? Las vendían hechas en la ferretería.

—Entonces son las que prefiere —me dijo.

—Sí.

—Pero ¿por qué? —quiso saber.

—Porque venían así.

—¿Usa usted esas plantillas porque le gustan o simplemente porque vienen así? —Me dio la impresión de que se estaba mosqueando.

—Es lo que me gusta de ellas. Me gustan porque venían así.

1979

—¿O qué? —le pregunté en cuanto estuvimos otra vez en el Caddy—. ¿Qué pasa si no llegamos a la hora? ¿Se marchará sin nosotros?

—Entiendo que no te cae bien —dijo Richard.

—Es un gilipollas de mierda. No sé si te has dado cuenta. No podemos ir al campo con ese imbécil racista.

—Creo que me puede ayudar a encontrar a mi hermano.

No dije nada. Richard tenía razón, claro; yo también creía que el gilipollas podría encontrar a Tad. Lo que no le dije a Richard fue que no tenía claro que valiera la pena encontrar a su hermano.

Circulamos por las calles congestionadas durante cuarenta minutos de regreso al hotel y Richard aparcó el Caddy justo delante. Hizo el *check-in*, tiró las bolsas a los rincones y nos quedamos tumbados boca arriba en la misma cama y contemplando el ventilador averiado del techo. Me imaginé el clic-clic que habría hecho si funcionara.

—Creo que se acaba de mover —dijo Richard.

—No. Si se hubiera movido, lo habría notado. No he notado nada, o sea, que no se ha movido.

—Se ha movido un milímetro.

—Lo habría notado.

—Tenemos que salir a encontrar comida —dijo Richard.

—Tengo demasiado calor para comer.

—No hace más calor que en el sitio del que venimos.

—Yo siento más calor.

—Quizá deberíamos salir a emborracharnos.

—No, no me parece buena idea. Tenemos que levantarnos a las seis para encontrarnos con Custer a las siete. No quiero tener resaca cuando estoy tratando con un maníaco homicida. No confío en él, para decirlo

suavemente. Joder, me da miedo. Puede que nos lleve a cincuenta kilómetros de la ciudad, nos pegue un tiro y se quede con el dinero.

—No se me había ocurrido eso. —Richard suspiró—. No voy a llevar el dinero. Le diré que se lo llevaré cuando encuentre a mi hermano.

—Escúchanos. Esta es una situación chunga. Tú lees inglés medieval, joder. Yo soy un puto pintor.

—Lo siento.

De pronto me sentí un cabrón.

—Eh, eres mi mejor amigo. Estoy aquí porque quiero. ¿Vale?

—Gracias —dijo Richard—. Sé que esto es una jodienda.

—Pero tienes razón, sí. Necesitamos salir de aquí y encontrar comida. Y si vamos a ir con Atila el Idiota por la mañana, más nos vale tener fuerzas.

Nos arrastramos escaleras abajo y nos alejamos por la calle hasta un pequeño restaurante de pescado estofado donde comimos pan poco cocido, alubias negras con arroz y pescado estofado. Richard se bebió una cerveza.

—Por lo menos la comida es buena —dije.

—Yo pensaba que se suponía que los Cadillacs no daban tantos tumbos.

—Eso es cuando la carretera no está llena de baches. Cuando está asfaltada.

Richard partió un nacho por la mitad.

—Richard, ¿estás seguro de que quieres encontrar a tu hermano?

Él se me quedó mirando.

—No lo digo en el mal sentido. Pero ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Lo estamos salvando?

Richard dio un trago de su botella de cerveza.

—Olvida lo que he dicho.

—Kevin, es mi hermano.

—Lo sé.

—En serio que no hace falta que vengas mañana. Lo entenderé.

—Pero estoy aquí, ¿no? —Levanté mi vaso de agua para brindar—. Por encontrar a tu hermano.

Él esperó un momento y por fin entrechocó su botella de cerveza con mi vaso.

—Gracias.

Acostados en la cama aquella noche, no pude dormir. Me pareció una reacción bastante razonable a la situación. Richard durmió a rachas, lo cual también era una reacción razonable. No pararon de oírse voces procedentes de la calle. También venía música de un bar. Yo buscaba dentro de mi cabeza por lo menos una voz capaz de disuadirme de continuar con aquella locura. Supongo que la simple búsqueda de una voz así ya constituía una, pero era demasiado débil o demasiado poco convincente, o bien simplemente yo no estaba escuchando. Pese a todo, me vino a la cabeza la idea de que las sábanas podrían haber estado perfectamente empapadas de sangre en vez de en nuestro sudor. Ahora yo estaba en mitad de aquello.

Debí de quedarme dormido al menos unos minutos, porque mi cerebro decidió soñar. Di por sentado que era un sueño, aunque es muy posible que fuera una de aquellas voces interiores que yo tenía tantas ganas de oír. Me desperté inquieto, aunque incapaz de recordar los acontecimientos del sueño. Si me hubiera acordado, lo más seguro es que el sueño hubiera tenido que ver con ahogarme despacio, ciertamente no con volar, y que dentro de él hubiera un perrillo de tres patas de color *whisky*. Aunque solo en el caso de que hubiera podido desenterrar el recuerdo. La sensación que me quedó al despertar, cuando por fin abrí los ojos para contemplar las aspas inmóviles de madera descolorida del ventilador, era que seguía estando todo lo inmerso en un sueño que se puede estar.

Salió el sol cuando nadie miraba. Nos despertamos tensos, nerviosos, todo menos contentos y con ganas de ponernos en marcha. Decidimos no ducharnos después de que yo sugiriera que no parecía tener mucho sentido entrar en un baño de sangre con la ropa interior limpia.

—¿Me vas a hacer alguna pregunta idiota del tipo “estás listo”? —Me até la segunda bota.

—Nah.

—Así me gusta.

—Por lo menos ha refrescado un poco —dijo Richard.

Dije que sí con la cabeza, crucé la sala y miré la calle vacía.

—Al menos de momento.

Salimos de la habitación del hotel, bajamos las escaleras y atravesamos el *lobby* desierto. En el capó del coche encontramos un montón de mierda de perro.

—Qué perro tan alto —dijo Richard.

Agarré un papel de periódico de la alcantarilla y quité la mierda del coche.

—¿Tienes la sensación de que no somos bienvenidos aquí?

El motor de la embarcación vaciló y por fin giró, sobresaltando a los perros del vecindario. Nos alejamos de allí. Partí una naranja con las manos y la compartimos por el camino.

—¿Tienes miedo? —preguntó Richard.

—Soy demasiado tonto para tener miedo. En serio, ¿qué es lo peor que puede pasar? Que nos pegue un tiro y nos apuñale y nos corte la cabeza. Eso no me da miedo. Vivimos en la Avenida Baltimore de Filadelfia.

Richard asintió con la cabeza.

—Bien visto.

Una mujer hermosa cruzó la calle frente a nosotros. Llevaba un vestido de color rosa pastel, casi blanco.

—Está yendo al trabajo —dije yo—. ¿En qué crees que trabaja?

—No lleva uniforme ni maletín. Creo que trabaja en un banco. ¿Tú qué crees?

—En un hotel, quizá.

—Vale —dijo Richard.

—¿Si tengo miedo? —repetí la pregunta y eché un vistazo a Richard—. ¿Te estás quedando conmigo o qué? Ya me he cagado en los pantalones.

—¿Entonces te vas a casar con Linda o qué?

—Yo qué coño sé. No estoy listo para casarme con nadie. ¿Y ella va a querer casarse conmigo?

—Sí, eso también.

Cuando llegamos, la puerta de la caravana del Malasombra estaba calzada con un bloque de hormigón partido. El ejército de un solo hombre llevaba la misma camiseta que el día anterior, o por lo menos una exactamente igual.

Estaba de pie, apoyado contra la puerta y con una nevera portátil maltrecha en las manos.

—Buenos días, señoritas —dijo. Su sonrisa parecía casi genuina.

Nos acercamos a él.

El Malasombra bajó los escalones y dejó la nevera en el suelo.

—Ponedla en el asiento de atrás. Y movedla con cuidado, joder.

Aquello me puso nervioso.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Richard.

—¿Qué creéis que hay dentro? —Antes de que Richard o yo pudiéramos decir nada o se nos ocurriera nada que decir, él dijo—: Cerveza. Solo cerveza. La cerveza es necesaria. Ponedla en el asiento de atrás, venga.

Yo levanté la nevera portátil del suelo.

—¡Buuuum! —gritó el Malasombra.

La nevera se me cayó y di un brinco hacia atrás.

El Malasombra se rio. Abrió la tapa de la nevera.

—Cerveza —dijo. Cerró la tapa de un golpe—. ¿Qué creíais que había dentro? ¿Explosivos? ¿Armas? —Se dio la vuelta y entró otra vez en la caravana.

Recogí la nevera.

Richard me miró y se encogió de hombros. La situación no se estaba volviendo más agradable.

Y se volvió todavía menos agradable cuando el Sargento Caligari volvió a salir de la caravana llevando un M16 y algo que parecía una pistola del calibre 45 en una pistolera sujeta al hombro.

—Aquí están las armas —dijo. Hizo una pausa para disfrutar de la expresión de nuestras caras—. Son mis putas armas. No las toquéis. Y esas son mis cervezas. Tampoco las toquéis. ¿Entendido? —Se encendió un cigarrillo, se rio y señaló en dirección nordeste hacia las colinas—. Vamos allí arriba.

—¿Y necesitas armas? —le pregunté.

—Oh, sí. Siempre necesito armas. —El Malasombra caminó hasta el Caddy y metió el rifle en el asiento de detrás por la ventanilla. Abrió la portezuela del lado del pasajero y empujó el asiento delantero hacia delante

—. Este país está en guerra, chavales. —Se metió en el asiento de atrás—. Ponme la nevera aquí al lado.

Se la puse.

Plantado junto a la portezuela abierta del conductor, Richard dijo:

—Quiero saber adónde vamos.

—Ya te lo he dicho, chica. Vamos a esas colinas de ahí.

Richard y yo nos metimos en el coche. Richard arrancó el motor y maniobró para coger la carretera llena de baches.

—Disfrutad del buen estado de la carretera mientras podáis —dijo el Malasombra—. Mientras vosotros roncabais o hacíais lo que sea que hagáis por las noches, yo ya estaba trabajando duro. Me ha llegado el rumor de que hay un gringo buscando farlopa cerca del volcán.

—Alguien te ha pasado una nota escrita a mano por debajo de la puerta en mitad de la noche —le dije.

—Más o menos.

El chasquido de una lata de cerveza al abrirse me provocó un sobresalto. Le eché un vistazo al Malasombra.

—No te preocupes, chaval, no estamos en Misisipi. Hace calor como allí, pero no es Misisipi. —Se apoltronó con el M16 en el regazo. Me daba miedo el rifle. Y me daba miedo él.

Un perro flaco al que se le veían las costillas cruzó la carretera lentamente por delante de nosotros y Richard aminoró la marcha.

—Atropéllalo, joder —dijo el Malasombra.

Richard no lo atropelló.

—Ricky, cuando llegues ahí te vas a encontrar una bifurcación. Coge el camino de la izquierda. —El Malasombra cerró los ojos y pareció quedarse adormilado, con una lata de cerveza en la mano izquierda y la derecha cerrada en torno al arma.

Richard y yo no hablamos. Giramos a la izquierda por un camino sin asfaltar y todavía en peor estado. Al cochazo le falló la suspensión varias veces. Contemplamos el paisaje. Pasamos del marrón al verde, de las tierras bajas a las altas.

Por fin rompí el silencio.

—Me gusta el verde.

—¿Qué? —dijo Richard.

—El color verde. Me gusta. No lo uso mucho. No lo puedo controlar. La Mona Lisa va de verde y así sabes que no es de la nobleza.

—¿Ah, sí?

—En chino, azul y verde son la misma palabra.

—En Vietnam también —dijo el Malasombra detrás de nosotros—. Me armaba un lío de cojones hasta que me enteré. Mira qué verde está el cielo.

—Volvió a cerrar los ojos—. Conduce hasta que no puedas seguir más.

Richard articuló en silencio las palabras “lo siento”.

Mientras seguíamos subiendo me fijé en que el cielo se estaba nublando al este con unas nubes enormes y algodonosas que eran planas por debajo, como si estuvieran apoyadas en una mesa de cristal. Los árboles cambiaron, de robles de Virginia y cornejos a pinos y cedros. La carretera empezó a serpentear cada vez más hasta que perdí toda noción de este, oeste, norte y sur, y no solo se volvió más accidentada y llena de baches, sino también más traicionera, estrecha, lo bastante estrecha en algunas curvas como para generar dudas acerca de si cabría por ella aquel coche nuestro que más bien parecía un barco.

—Esas nubes tienen mala pinta —dije.

—Justo lo que nos hace falta, que se moje esta carretera. —Y Richard todavía estaba terminando la frase cuando cayeron unos goterones enormes encima del parabrisas. Y empezó a llover.

—Para el coche —dijo el Malasombra. Yo no sabía que estaba despierto. Me molestó que lo estuviera.

Richard derrapó hasta parar.

—Fuera —dijo el Malasombra.

—¿Hemos llegado? —preguntó Richard.

—Fuera, he dicho.

Richard salió. Yo también. Ahora llovía mucho.

—Abrid el maletero —dijo el Malasombra mientras salía del coche.

Richard me echó una mirada de pánico por encima del capó.

—¿Para qué quieres que abra el maletero?

El Malasombra metió la mano en el coche y sacó las llaves del contacto. Caminó hasta la parte de atrás del coche. Me animó el hecho de que hubiera

dejado el M16 en el asiento de atrás, aunque todavía llevaba la pistola en su funda.

—¡Piedras! —gritó mientras abría el maletero—. Y que sean grandes.

Nos quedamos donde estábamos.

—Escuchadme, niñas de los cojones, si no cargamos de peso la parte de atrás de este coche, se va a poner a dar co-letazos como un loco y vamos a terminar todos ahí abajo. —Señaló el fondo del barranco.

Yo miré allí abajo y me dio la sensación de estar viendo el terraplén por primera vez. A juzgar por la expresión de Richard, vi que a él le pasaba lo mismo. Encontramos unas cuantas piedras grandes y cargamos el maletero, con la lluvia cayéndonos en tromba encima. Paró de llover en el momento justo en que cerré el maletero de un portazo.

El Malasombra volvió a dejarse caer en el asiento de atrás.

—Bueno, sigamos —dijo.

Aun con todo aquel peso extra necesario en la parte de atrás, el Caddy derrapó salvajemente en el barro fresco de la curva siguiente.

—Ahora lo entiendo —dijo Richard—. Hay que frenar antes de la curva. Antes de la curva.

—Parece que sí —dije. Miré el asiento de atrás. El Malasombra parecía estar durmiendo otra vez.

—¿Está dormido? —preguntó Richard.

—Quién sabe.

Salió el sol, pero la carretera seguía mojada. Llegamos a un tramo de carretera que discurría en línea recta por debajo de un dosel de árboles.

—¿Eso son monos? —preguntó Richard.

Había monos araña, varias docenas, balanceándose de las ramas que teníamos encima.

—Totó... —dije yo.

—No lo digas.

Por alguna razón, mientras conducíamos por debajo de aquel extraño entoldado de ramas y primates chillones, me acordé de las pinturas que no me podía sacar de la cabeza. No solo de las mías, sino también de las ajenas, de mis influencias, sobre todo los expresionistas, pero también de los cubistas. Me acordé de cómo Kafka se había quejado de un poema,

diciendo que no era más que un montón de gritos, y era allí en donde a mí me daba la sensación de haber aterrizado. Era un sitio horrible para visitarlo siendo tan joven. Por supuesto, yo tenía muchas razones para chillar y al mismo tiempo ninguna. No me merecía mis gritos, y sin embargo, ahí estaban mis pinturas: ruidosas, estridentes, tormentosas quizá, ásperas, furiosas y en última instancia indisciplinadas y arrogantes. Y así pues, bastante en sintonía con mi autocomplacencia, empecé a dejarme caer en un familiar pozo de odio a mí mismo. Me di cuenta de lo cansado que estaba y del miedo que tenía.

—¿Qué pasa? —preguntó Richard.

—Nada —dije yo, y era verdad y al mismo tiempo mentira—. Estos monos me hacen pensar en Rousseau.

—¿El pintor o el filósofo?

—Muy gracioso.

Seguimos conduciendo una hora más.

Coronamos una colina y apareció ante nosotros una suave bajada; la carretera se enderezaba un poco a través de una hierba ocre. Los colores me sacaron de mi ensimismamiento. A un lado de la carretera divisamos una cantina.

La corriente de aire que atravesaba el coche se había enfriado considerablemente. Me froté los brazos, porque no tenía chaqueta.

Se abrió una lata de cerveza en el asiento de atrás.

—Os aconsejo que paréis aquí —dijo el Malasombra.

CASA

Una pintura tiene muchas superficies. Decir que una pintura es como una historia es una declaración pedestre, no del todo falsa, pero poco inspirada, aunque eso no suele impedir que la gente lleve a cabo esa clase de comparaciones odiosas e injustificadas. La pintura que era mi vida era estática, apenas era una historia, se movía, pero no tenía partes móviles, cambiaba pero no presentaba alteraciones. Las formas de la pintura eran elementos únicos en situaciones únicas, yo lo sabía, pero nunca insistí en esta idea fuera de mi lienzo. Las formas eran organismos provistos de volición y del deseo de afirmarse a sí mismos. Pero las formas podían resistir ese impulso, y cada forma poseía un color.

Todos los cuencos de cereales que yo servía eran del mismo color, pero el cuenco nunca era el mismo. Esto podía ser cierto o no acerca de los colores. O quizá acerca de los cuencos de cereales. Pese a todo, Heráclito, yo le había servido un cuenco de cereales con azúcar a mi hija de dieciséis años. Se llama April, y aunque la quiero, y la quiero mucho, nunca me han gustado ni su nombre ni ese mes del año.

April era hermosa porque era mi hija, pero en calidad de artista, y por tanto de individuo capaz de salir de mí mismo para ver las cosas, yo entendía que se la considerara poco atractiva, aunque me gustaba su aspecto, me parecía más interesante que la expresión *poco atractiva*. Se había pasado toda la mañana sin hacerme caso, pero en cuanto su hermano salió de la cocina, me miró. Pese a que me sobresaltó aquella conexión tan simple, no me sorprendió que me dijera que teníamos que hablar. Linda había salido a su clase de pilates, de manera que estábamos solos.

Me senté a la mesa con ella. Me sentía incómodo. La verdad era que me habría sentido incómodo si no me hubiera sentido incómodo.

—Muy bien, ¿de qué vamos a hablar?

—¿Sabes ese cuadro que tienes ahí fuera? O por lo menos creemos que hay un cuadro ahí.

—Sí.

—Es un secreto, ¿verdad?

—Supongo. No se me había ocurrido considerarlo así.

—Pero es algo tuyo privado, ¿verdad?

—Es verdad.

—No quieres que lo vea nadie.

—Viene a ser verdad, sí. —Me levanté para servirme una taza de café, aunque más bien estaba intentando romper su control de la conversación—.

¿A qué viene todo esto? —Me volví a sentar.

—Tengo un secreto.

—Muy bien.

—Tienes que prometerme que no se lo contarás a mamá —dijo.

—Bueno, eso no lo puedo prometer.

—No te lo pienso decir a menos que me lo prometas.

—Hizo una pausa por si oía movimiento en el resto de la casa—. Prométemelo.

—Muy bien, te lo prometo.

—Que no se lo dirás.

—Vale.

—Estoy embarazada.

Me sorprendí a mí mismo a base de mantener la calma. Soplé sobre mi taza de café y la miré a los ojos hasta que apartó la vista.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Estoy embarazada —me dijo ella, como si yo estuviera siendo lerdo y no la entendiera.

—Te he oído y te estoy preguntando si estás bien.

—¿No estás enfadado?

—No sé lo bastante como para estar enfadado. Solo quiero que estés bien. No, no estoy enfadado contigo.

—Estás decepcionado.

—¿Estás bien? —le volví a preguntar.

—Creo que sí. ¿No quieres saber quién es el padre? —Le empezaron a aflorar las lágrimas a los ojos, aunque no se le quebró la voz.

—¿Eso es realmente importante? Estoy preocupado por ti.

—No se lo puedes decir a mamá —dijo, recuperando la compostura.

—Bueno, eso va a ser difícil.

—Me lo has prometido.

Tenía razón, se lo había prometido. Mis modales callados siempre habían sido un defecto y ahora también lo estaban siendo; deseaba hacerle las preguntas que me imaginaba que debería hacer un padre indignado, pero no tenía voluntad o bien era incapaz de hacerlas. Solo estaba preocupado, y en cierta manera, incluso en aquel preciso momento, también un poco orgulloso de mí mismo. E igual de deprisa sentí vergüenza por el simple hecho de pensar en mí en aquel momento.

—Me lo has prometido —repitió.

Asentí con la cabeza. Le había hecho una promesa, en términos muy claros. Me pregunté qué había hecho. ¿Acaso había admitido la obligación de guardar silencio o simplemente la predicción de que lo guardaría? Richard me había prometido que destruiría mis cuadros si me moría de repente, pero ninguno de los dos se engañaba lo bastante como para no imaginarse que era probable que no consiguiera cumplir su promesa. Pero ¿cómo podía yo no cumplir la mía? Se me ocurrió que, aunque mi promesa había sido voluntaria, más o menos, mi obligación de cumplirla no lo era ni mucho menos. Estaba bastante clara y por alguna razón parecía más coercitiva por el hecho de que me habían presionado para hacerla; no había sido idea mía. Miré a mi hija a la cara. Qué joven era. ¿Cómo podía estar embarazada?

—Ya sabes —le dije— que esa no es la clase de cosa que se pueda esconder de forma indefinida.

—No me va a hacer falta —dijo.

Yo era un padre viejo y torpe, pero no estaba completamente en la inopia.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Tengo dieciséis años, papá. No puedo tener un bebé.

—Muy bien.

—¿Tienes algún problema con que aborte?

—No lo sé. Nunca lo he pensado. No he tenido ocasión de pensarlo. O sea, no. No tengo ningún problema con eso. Tengo un problema con que tu madre no se entere.

—Por si no te has dado cuenta, mamá y yo no nos hemos estado llevando muy bien últimamente.

Aquello me cogió de nuevas. Hacía tiempo que era consciente de no enterarme de las cosas de la familia, pero no había sabido hasta qué punto. Y ahora tampoco sabía si mi hija me estaba manipulando, y en caso de que sí, con qué finalidad. De cualquier forma, me sentí culpable por estar tan desconcertado, tan encerrado en mí mismo, y lo que es más triste, casi intrigado por mí mismo, que era ignorante y ciego acerca de lo que pasaba en mi familia. No sabía lo bastante como para poder reconocer que mi hija y su madre se habían distanciado.

—¿Por qué no os lleváis bien? —le pregunté.

April se encogió de hombros.

—Son cosas de madres e hijas.

—¿Y nosotros qué? ¿Nos llevamos bien?

—Depende de a qué te refieras con llevarnos bien. No nos peleamos. Tampoco hablamos. No sabemos qué le pasa al otro. Creo que hace más de un año que no me preguntas nada.

—¿En serio?

April se encogió de hombros y sonrió.

—El hecho de que no lo sepas ya contesta bastante la pregunta, ¿no te parece?

—Supongo que sí. Lo siento.

Lo que yo admiraba de Leonardo da Vinci era su ansia insaciable de entender todo lo que le rodeaba. Se trata de un rasgo positivo en un artista, pero en ese sentido yo era un fracaso estrepitoso; a cada momento quería saber cómo afectaba la luz al color, cómo afectaba la textura a la orientación espacial, y sin embargo, en lo tocante a mi vida interior, era ciego a la forma en que mis secretos habían influido y dado forma a mi visión, en el sentido más literal. Pero a diferencia del hermoso método que

tenía mi héroe Leonardo para extraer los secretos de la naturaleza de la observación laboriosa, yo me había engañado a mí mismo para creer que la naturaleza se limitaría a revelármeme, como el coral de un atardecer, como los muchos blancos de la nieve. Y en cambio, ni siquiera conseguía ver los rasgos más transparentes y patentes de mi propia familia. Estaba avergonzado de mí mismo.

—¿Y qué hago, pues? —le pregunté a Richard. Estábamos sentados en la pequeña y agradable cafetería que había al lado del campus de la universidad—. ¿Me guardo esto para mí mismo?

—Es por esto por lo que nunca he tenido hijos. —Richard miró a una pareja de estudiantes que pasaba al otro lado de la ventana—. Cada año los dejan entrar más jóvenes. ¿Nosotros fuimos alguna vez tan jóvenes?

Miré cómo Richard daba un sorbo con una pajita a su bebida de café helada y dulzona.

—¿Sabes qué pinta tienes bebiéndote eso?

—¿Pinta de tipo sofisticado?

No dije nada.

—Se lo has prometido —dijo Richard.

—Más o menos.

—¿Le dijiste “lo prometo”?

Miré por la ventana.

—Entonces no hay más o menos que valga. Una promesa es una letanía mágica que te cambia a ti y al mundo que te rodea. Hume la comparaba con la transustanciación.

—Ya, bueno, no la comparaba en serio.

—Aun así.

—De ninguna manera le puedo esconder esto a Linda.

—Estoy de acuerdo —dijo Richard.

—¿Entonces te parece bien que rompa mi promesa?

—No he dicho eso. Nunca está bien romper una promesa. Una promesa es una promesa es una promesa. Pero también está el tema del secreto.

—¿El secreto?

—Tu hija, la adolescente que pensabas que no sabía que tú existías, o por lo menos a quien pensabas que le traía sin cuidado, te ha elegido a ti y a nadie más que a ti para que le guardes el secreto más grande de lo que lleva de vida.

—Nosotros sabemos de secretos, ¿verdad?

—¿Sabes quién es el padre?

—No.

—¿Se lo has preguntado?

—No me importa —le dije, mirando mi taza de café vacía.

Richard se quedó mudo un momento, jugando con su pajita.

—¿Sabes? Quizá se lo deberías preguntar. ¿Cómo sabe que está realmente embarazada? ¿Se ha hecho la prueba o simplemente no le ha venido la regla?

—Me quedé un poco pasmado cuando me lo contó. No quise convertir el momento en un interrogatorio.

—¿Y qué pasa con el padre? ¿Y si el padre quiere el bebé? ¿No tiene derechos también?

—A la mierda el padre. No importa quién es ni qué derechos tiene. Me importa mi hija. Me importa April.

—Si todavía fumara, ahora me encendería un cigarrillo —dijo Richard—. Me imagino que el matrimonio es una especie de promesa, una promesa de compartirlo todo o algún rollo parecido. Así pues, tienes dos promesas que cumplir, y para mantener una tienes que romper la otra. Estás lo que se dice en la mierda.

—Me estás ayudando mucho.

—Claro que se lo tienes que decir a Linda —dijo.

—Lo sé.

La joven camarera vino y le dije que no queríamos nada. La vi tomar un pedido en la barra. Tenía unas manos de color oliváceo, suaves y jóvenes. Me pregunté qué secretos le habría contado a su padre.

—Sé que se lo tengo que decir a Linda —dije—. Se lo tengo que decir porque es lo correcto.

—Sí.

—Y se lo tengo que decir porque necesito que me ayude con esto. No estoy seguro de cuál es la mejor manera de ayudar a April.